



En la oscuridad

Miguel Aguerrealde

Por encima del mar
de nubes nadie podrá
escuchar tus gritos

Lectulandia

La cumbre grancanaria es un bello lugar para salir a pasear y disfrutar de las puestas de sol isleñas. También para encontrar la intimidad y soledad que las jóvenes parejas de enamorados necesitan. Algo que le parece estupendo a los que habitan en secreto en las oscuras profundidades del bosque.

Cuando las desapariciones empiezan a resultar alarmantes, la respuesta de las autoridades es enviar al único hombre capaz de resolver el misterio.

Lectulandia

Miguel Aguerralde

En la oscuridad

Matt el Rojo - 1

ePub r1.0

Titivillus 08.03.2018

Título original: *En la oscuridad*

Miguel Aguerralde, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO 1

«Empujé la mosquitera con una mano y casi arrastrando el resto de mi cuerpo. Jamás lo hubiera dicho, pero Marta pesaba demasiado. Era la primera vez que cargaba un cadáver.

»Bajé los escalones a trompicones, intentando con la mano libre mantener mis entrañas dentro del cuerpo. No podía creer que siguiera vivo. Pensaba llegar al final; si tenía que derrumbarme, sería en la carretera, a la luz de las farolas, donde algún improbable conductor nos encontrara y nos llevara de vuelta a Las Palmas. Lo que pasamos fue horrible y, aunque Marta jamás volviera a respirar, alguien tenía que explicar su muerte y denunciarlo todo.

»Las rodillas me fallaron por culpa del maldito fango y un dolor indescriptible terminó de hacer crujir mi pierna descarnada. Allí donde el hacha había arrancado parte del músculo, la tibia acababa de partirse. Grité, grité como nunca antes. Sentir el cuerpo de Marta todavía caliente sobre mi hombro me animó a continuar, aunque cada pisada del pie derecho suponía una puñalada en mi cerebro. Creí que después del golpe que le había asestado no volvería a oírle, pero escuché los pasos del leñador a mi espalda. Su respiración, sus bufidos y, casi al instante, el chasquido elástico de algún tipo de resorte.

»El proyectil se incrustó en mi espalda y caí rebotado al suelo. Aún tiemblo al recordar el dolor, cómo mi hombro perdió la sensibilidad en el mismo momento. Quedé boca arriba, con la punta de flecha centelleando rojiza bajo la luz de la luna, jadeando en busca de oxígeno, vomitando sangre. Intenté incorporarme, pero el leñador me derribó de una patada: nos había alcanzado. Solo pude gritar pidiendo auxilio. Sentí un tirón en el brazo que sujetaba a Marta, por nada del mundo iba a entregársela. Entonces el hacha —sí, el recuerdo no me engaña, la hoja era enorme— se levantó lentamente como un péndulo sobre nuestros cuerpos. Mi ojo herido no distinguía el rostro del leñador, el otro se movía desesperado en la dirección contraria... El hacha cayó como un martillo contra un yunque y cercenó de un tajo mi zurda. El leñador se llevó de mi lado el cuerpo de Marta y desapareció entre las sombras del bosque antes de que dos parejas de brazos me sacaran de allí y me metieran en su coche».

El escritor pulsó el botón de guardar y cerró lentamente la tapa de su portátil. Aún podía recordar la expresión de repulsa de sus salvadores, esa mirada de asco al ver su cuerpo destrozado. Apretó los párpados para esquivar una lágrima y volvieron a él las imágenes del cadáver de Marta arrastrado como un conejo muerto por el barro y las hojas secas.

—¿Duele? —La voz de Sandra le sacó de sus pesadillas. Sus manos heladas le provocaron un escalofrío—. Recordarlo, digo.

El escritor se giró despacio hacia ella, como si aquel gesto sirviera para darle la espalda al pasado. Los dedos de la chica le quitaron las gafas y él abrazó su cintura, besándola en el ombligo.

—Siempre duele —dijo sin saber muy bien si se refería al horror de la cacería o a la pérdida del amor de su vida.

—Ven —le pidió ella acucillándose frente a él para besar sus labios—, ya seguirás luego.

El escritor cedió al impulso y se puso de pie no sin dificultad. Apoyado en la joven cojeó hasta la cama.

—Ya es suficiente por hoy.

Los labios de Sandra disfrazaron el dolor y consiguieron alejar los gritos en su cabeza. Sin embargo, fue solo durante unas horas. Después de hacer el amor volvió a tener pesadillas.

CAPÍTULO 2

Guzmán llevaba tantos años gobernando la cafetería del Sebadal que podía alardear de conocer, al menos de vista, a la numerosa parroquia de ejecutivos y trabajadores que cada mañana llenaba de vida el polígono. La mayoría eran clientes habituales, fieles al desayuno de zumo, café y bocadillo; sin embargo, a Matt, el policía, solo lo había visto por allí un puñado de veces. ¿Que cómo lo recordaba? No era difícil, con su desaliñado cabello rojo cortado a cepillo y sus espeluznantes marcas en la cara. Aquel irlandés siempre parecía a punto de partirle el alma a alguien, así que Guzmán nunca había querido preguntarle de dónde venían sus cicatrices.

Aquella mañana el policía hojeaba sin interés uno de los periódicos del día. Había pedido un café americano con un cruasán integral y, apenas Guzmán se lo puso en la mesa, descargó la mitad de una botellita de alcohol en la taza.

—¿Cómo va la cosa, Rojo? —preguntó el camarero.

—Va —replicó el policía.

La especialidad de Matt, al que en comisaría apodaban Rojo por razones obvias, eran las desapariciones. Y la verdad era que en Las Palmas no tenía tiempo para aburrirse.

—Sin novedad en el frente —comentó Guzmán recogiendo los restos de los clientes anteriores, aún sobre la mesa en la que se había sentado el policía.

—Sin novedad —murmuró este pasando sin ganas las páginas del diario. Revisaba las noticias por si encontraba algo que se le hubiera escapado. La mitad de las veces la información llegaba antes a las redacciones que a las comisarías—, por lo que veo.

Al camarero no le extrañó el comentario, el aspecto del policía era el de alguien que lleva varios días sin pasar por el trabajo. Además, sabía que los problemas de Matt no terminaban en la jefatura.

—¿Cómo va la cría?

El policía alzó una ceja y miró a Guzmán de reojo. Había dado en el clavo. Matt resopló y se llevó el café a los labios. Sus ojeras y el olor que desprendía no daban la impresión de que su vida familiar fuese sobre ruedas.

—Susie... —murmuró con su acento rasgado. Dejó a un lado el periódico con una mueca de hastío—. A veces pienso que no va en absoluto. El resto de las veces la mataría.

Guzmán sonrió sin disimular su asentimiento. Miró hacia la barra, donde su propia hija se fajaba con soltura contra media docena de clientes.

—Bueno, jefe... —concedió—, los críos crecen. Y ya sabes que las niñas...

—Sí, ya lo sé —replicó Matt bruscamente—. Oye, ¿puedes subir eso?

El camarero se giró hacia donde señalaba el policía y acto seguido indicó con un gesto a Teresa que subiera el volumen del televisor. En el noticiario local mostraban imágenes de la cumbre grancanaria. Coches de policía cerraban un tramo de carretera y entre una multitud de agentes y operarios de Protección Civil retiraban un par de camillas cubiertas con sábanas ensangrentadas.

«... encontrados dos cuerpos con múltiples heridas producidas por algún tipo de arma blanca. Les faltan algunos miembros que han sido cercenados. Se trata de dos jóvenes, hombre y mujer, que fueron probablemente atacados por sorpresa mientras pasaban la noche en el campo...», informaba la reportera.

—No puede ser —murmuró el policía llamando la atención de Guzmán.

—Estos chicos... El precio de un polvo mal echado. La verdad es que...

—Ya. Oye, envuélveme esto, voy a ver qué ha pasado.

* * *

—¿Dónde demonios te habías metido, Rojo? —gritó el capitán al cruzárselo en el pasillo de la comisaría.

—He estado liado.

—¿Los últimos dos días?

El policía atravesaba el pasillo con grandes zancadas, engullendo una tanda de aspirinas mientras su superior intentaba seguirle el paso.

—Migraña.

La puerta translúcida del despacho de Matt se cerró tras su espalda dejando en un murmullo la voz del capitán.

—Migraña..., cabrón...

El departamento de personas desaparecidas ocupaba un extremo del alargado edificio de la comisaría. Junto a Matt trabajaban dos personas más: Delia, que atendía y registraba las llamadas al teléfono de emergencias, y Pablo, que archivaba la montaña de denuncias y pasaba a Matt las que parecían tener más fundamento. Aquella mañana ambas pilas de informes alcanzaban casi el mismo tamaño.

—Dichosos los ojos —saludó Pablo cuando Matt colgó la chaqueta en el perchero y se sentó en su destartado escritorio. Encendió el ordenador y esperó impaciente con los dedos tamborileando sobre el ratón—. ¿De puente?

—De baja.

—Las bajas se piden, no se toman.

—Vete a tomar por culo.

Pablo y Delia disimularon una carcajada. Conocían a Matt y sabían de dónde partía su migraña.

—¿Qué tal con Susie? —preguntó ella, pero Matt no contestó.

—¿Cuántos van ya, Rojo, quince?

—Dieciséis.

—¡Humm!, vaya... Bomboncito de instituto.

—Deja de joder con eso, Pablo. No tengo mi día.

—Nunca lo tienes —sonrió aquel.

Delia se levantó de su escritorio y se acercó a Matt. Le saludó con un cálido apretón sobre los hombros y dejó en su mesa una tartera de plástico con un pedazo de pastel.

—Toma, lo ha hecho mi suegra. Si no llegas a venir, te quedas sin probarlo. —El policía se lo agradeció con un gruñido—. Y tú deja de meterte con él. No es nada fácil criar solo a una niña.

—Lo sé, lo sé —replicó Pablo con una sonrisa—. Desde luego no quisiera estar en su pellejo.

—Además —continuó Delia—. La chica es un encanto y tan guapa como su madre.

—Y a este paso, tan golfa como ella —masculló el Rojo—. Venga, dejadme trabajar y no me toquéis más las narices. ¿No habéis visto las noticias?

Mientras hablaban, Matt ya había entrado en Internet y cargado las ediciones electrónicas de los principales periódicos de la isla, mucho más actualizadas que las versiones en papel que tenía Guzmán en su cafetería. Allí estaba ya recogida la noticia de los cadáveres encontrados aquella mañana.

—La cumbre de nuevo —asintió Pablo—. Los informes de los agentes sobre el terreno deben llegar enseguida.

—La prensa amarilla ha sido más rápida.

Muchas de las imágenes que mostraban las diferentes webs eran tan explícitas y macabras como una mala película. Fotografías del asfalto ensangrentado y algunas, aunque desdibujadas por la distancia, de los cuerpos destrozados ilustraban la noticia con la misma información que habían dado en el noticiario.

—Esto ya lo hemos vivido.

—Cuántas veces.

—Y cuántas más.

Con un clic del ratón reprodujo el vídeo de la noticia colgada en la web de la cadena local. Los agentes no acertaban a determinar quién podía ser el autor de los crímenes y tampoco habían encontrado ninguna pista.

—Quizá debería subir —musitó Matt.

Pablo giró su silla hacia él.

—¿Por qué? No es nuestro campo, que se ocupen los de homicidios.

El policía irlandés se frotó el puente de la nariz, rogando por que empezaran a hacer efecto las aspirinas. Casi sin pensar mordisqueó el trozo de tarta y recordó que el cruasán para llevar se le había quedado en el coche.

—Ese siempre es nuestro campo, Pablo.

No lo decía sin razón. No era poco habitual que a su departamento llegaran denuncias de desapariciones en la inmensidad de la cumbre grancanaria. Secretos que solo el Roque Nublo y el monte Bentaiga podrían conocer. Rastros difusos que el barro y la hojarasca disimulaban y que la llovizna del mar de nubes acababa enredando como un laberinto del que es imposible salir.

—Tal vez tirando de este hilo desenredemos el resto de la madeja.

Pablo levantó las cejas y resopló sin demasiada esperanza.

—Como quieras.

La noticia terminaba en aquel vídeo. Dos cadáveres, nada más. No parecía haber mucho hilo del que tirar.

—Tal vez tengas razón.

CAPÍTULO 3

El equipo de rodaje apenas cabía en el maletero del Clío. Además, David tenía que meterlo con cuidado porque antes de las cinco del lunes debía devolverlo sin un rasguño.

—Podríamos tardar un poco más —comentó Nico—, aunque creo que sería buena idea llegar con luz a la casona.

Paula le golpeó con el codo en las costillas y David le clavó una mirada de odio. «Habla menos y trabaja más», decían sus ojos. Desde el portal llegó el último de los implicados en el cortometraje, Diego, cargado con las mochilas que contenían el atrezzo para la película.

—Por mi parte estamos listos —dijo.

David cerró el maletero con un golpe seco y se sentó al volante, apartando a Nico del medio con un empujón.

—Por la mía también. En marcha.

Con todo preparado montaron en el coche y empezaron la ascensión a la Cruz de Tejada. Por el camino Paula y Diego repasaban sus respectivos papeles mientras Nico revisaba los diferentes planos y las posiciones en las que David le había pedido que colocara la cámara. Le preocupaba la luz; no iba a ser capaz de conseguir lo que querían de él si anochecía antes de tiempo. De pronto, la chica dejó caer los folios sobre su regazo y bajó unos centímetros la ventanilla. A través de los diferentes pueblitos de casas blancas y tejados rojos, la maleza iba engullendo la estrecha carretera inundándose lentamente de pinos.

—¿No te mareas leer en marcha? —le preguntó David.

—No, qué va —dijo ella—. Siempre leo en el coche. Solo me preguntaba si la historia de Lorena será cierta.

—Bueno, ya sabes que sí. ¿Verdad, Diego?

—¿Cómo? —preguntó el chico levantando los ojos de sus apuntes.

—Paula pregunta por lo de Lorena.

—Ah, bueno, es una historia conocida por aquí. Se supone que sucedió hace bastantes años, así que intuyo que ha llegado hasta hoy bastante deformada.

—Pues yo no me lo creo —afirmó tajantemente Nico.

La carretera serpenteaba horadando el mar de nubes. Tardaron cerca de una hora en dejar atrás el último de los pequeños pueblos de montaña para internarse en el inmenso pinar que se extendía por toda la cumbre. Hacía rato que el frío les había obligado a subir las ventanas. David señaló entonces el desvío que conducía al parador de la Cruz de Tejada y poco después redujo la velocidad para bajar el desnivel que sacaba al Clío de la calzada. Continuó por un estrecho camino de tierra cuyo final se escondía a la vista al ascender la montaña zigzagueando entre los pinos.

Unos minutos después, más arriba, comenzó a dibujarse la silueta sombría del antiguo caserón.

—Al menos la casa existe —comentó Nico.

Los dos jóvenes bajaron del coche para empujar los portones de la verja de la entrada. Minutos después, el conductor detuvo el Clío frente a la puerta de la casa. Paula fue la primera en descender y acercarse mientras los chicos descargaban los trípodes, los focos y las cámaras. Una cadena de gruesos eslabones sostenía dos planchas de madera que hacían las veces de puerta, así que David sacó una cizalla de su mochila y empezó a trabajar en ella. En la fachada del viejo edificio había seis ventanas dobles, aunque tan solo un par de ellas mantenían sus cristales intactos. Las dos más bajas, a ambos lados de la puerta, estaban protegidas por unos barrotes oxidados.

Paula sintió un escalofrío cuando los cordones de metal quedaron colgando de las planchas de madera como dos trenzas de plata.

—Solo espero que la historia no sea cierta... —susurró.

Apenas un halo de luz se filtraba por las mugrientas ventanas del primer piso. Con la ayuda de David, Nico dispuso los parasoles de manera que pudieran repartir de forma natural el fogonazo de los focos y empezó a preparar los soportes para las cámaras. Debían aprovechar al máximo la luz o el efecto lúgubre que deseaban conseguir se perdería.

Mientras los otros trabajaban, Diego y Paula decidieron recorrer la casa ensayando sus papeles. En las habitaciones no había muebles, pero estaban llenas de escombros. Según la leyenda contada mil veces en el pueblo, la casa tenía más de cien años, aunque lo que le ocurrió a Lorena debió de tener lugar sobre los ochenta. Desde entonces aquel caserón estaba deshabitado.

—Primero fue un hospital —comentó Diego—, después lo compró una familia.

—¿La de Lorena?

Al otro lado del recibidor, enfrentada al salón donde David y Nico preparaban el set de rodaje, había otra habitación polvorienta cuyas ventanas quedaban prácticamente tapiadas por las ramas de los arbustos que habían invadido el jardín. Entre ambas estancias ascendían las escaleras que daban acceso al segundo piso.

—No, Lorena jamás vivió aquí.

—¿Entonces?

Diego se encogió de hombros.

—Subamos.

* * *

Cuando Nico dio por terminado el escenario que serviría de plató para la escena

que iban a rodar esa tarde, hizo un gesto a David para que le acompañara a preparar la entrada a la mansión en la que filmarían la llegada de los investigadores a la casa de Lorena.

—Tranquilo —le dijo.

David tardó unos segundos en contestar. Sacudió la cabeza despejando también oscuros pensamientos.

—Por qué.

—Vamos, se nota. No te hace ninguna gracia dejar a esos dos solos.

Se detuvieron junto a la verja de la entrada y Nico calculó la exposición con el medidor de luz. David se giró hacia la casa y observó el viejo edificio. En una de las ventanas del segundo piso Diego y Paula, asomados, charlaban tranquilamente contemplando el jardín. Ella le saludó desde allí con la mano.

—Se supone que todo está más que olvidado —murmuró él.

Nico se llevó las manos a la cara y conformó ante sus ojos una especie de marco con cuatro dedos.

—Ya, claro —dijo.

—¿En qué habitación sucedió? —preguntó Paula.

Diego seguía asomado a la ventana imaginando los pasos que después iban a seguir cuando David gritara acción.

—¿En qué habitación qué?

—Ya sabes, lo de Lorena..., ¿dónde...?

—¿Dónde? —contestó él—. Ni siquiera se sabe el qué, menos aún el dónde.

—Pero se la ha visto.

—Sí, es verdad. Jamás regresó. Aunque hay quien asegura haberla visto en alguna de estas ventanas.

—¿En cuál?

—Siempre en las del último piso. ¿Vamos?

* * *

La escalera que llevaba al piso superior alguna vez estuvo decorada con azulejos de colores, aunque ahora se encontraban casi todos en el suelo. Diego y Paula, con las linternas por delante y la estúpida sensación de que algo más los acompañaba, entraron en una habitación oscura, tan desnuda como cualquiera de las de abajo, pero aún más sucia y llena de telarañas. Paula consiguió llegar a una de las dos ventanas. Intentó abrir una de ellas, pero el picaporte oxidado se negaba a girar.

—¿Cómo era Lorena? —preguntó queriendo intuir en el jardín a Nico y a David a través de la mugre que cubría la ventana.

Diego resopló.

—Cómo saberlo... La leyenda se ha mezclado con la realidad. Tenía once años, el pelo largo y oscuro. Dicen que era muy tímida, que no tenía amigos fuera del colegio.

—Suenan tan típicos como el argumento de una novela de terror barata.

—Sí, ya te digo que seguramente sea todo mentira. Igual que las apariciones.

Se habían sentado en el suelo bajo la segunda ventana. Una deforme claridad se proyectaba contra la pared contraria. Desde allí escuchaban la discusión de sus dos compañeros sobre dónde colocar los micrófonos y las cámaras.

—¿No crees en los fantasmas? —preguntó Paula. Diego arqueó las cejas y negó con un gesto—. ¿Entonces por qué has venido?

El chico frotó sus palmas y jugueteó con la linterna.

—Bueno, por rodar el corto.

—¿Por el corto? —Paula estaba molesta, aunque quisiera disimularlo y se negara a dar pie a una nueva pelea. No necesitaba mucho más para entender las razones que su expareja no quería confesar—. Dime por qué has venido, Diego.

—He venido para estar contigo, Paula. —Soltó él como si las palabras llevaran rato empujando por salir de su boca—. He venido para verte. La única razón por la que me apunté a este estúpido... ¡Paula!

El reproche mudo de Paula le dolió tanto como sus pasos apresurados sobre los sucios peldaños de la escalera. Cuando bajó detrás de ella, sus compañeros los estaban esperando. Nico sonreía con cierto gesto de malicia. David le clavaba sus pupilas verdes mientras abrazaba a Paula.

—¿Rodamos?

CAPÍTULO 4

La luz del mediodía empezaba a declinar cuando los cuatro jóvenes tomaron posiciones junto a la entrada del caserío. Habían sacado el coche del jardín y esperaban la señal de David para comenzar el rodaje. Esta llegó tras comprobar por enésima vez el encuadre, la luz y la actitud de sus actores. Entonces David, convertido en doctor en parapsicología, corrió para situarse junto a Diego, redactor de una importante revista científica, y junto a Paula, conocida médium sensitiva.

—¡Acción!

Filmaron la llegada de los investigadores a la casa, la primera reunión en el salón principal y los preparativos para la sesión de espiritismo que los tres protagonistas planeaban llevar a cabo a continuación. Esa iba a ser la siguiente escena. Paula se estaba cambiando de ropa mientras David y Diego ultimaban sin hablarse el maniquí que haría las veces de espectro en la primera aparición de Lorena. De pronto, Nico entró en la habitación cargando la cámara y unos rollos de cable al hombro.

—Chicos, se acabó por hoy —dijo.

David dejó a Diego vistiendo al muñeco y se dirigió hacia Nico consultando su reloj.

—¿Por qué has recogido todo?

—Asómate afuera, Sam Raimi —respondió dejando los trastos en el suelo—. Está empezando a llover.

David salió hasta las escaleras del porche, pero no porque desconfiase de la información de Nico, sino porque no podía creer la mala suerte que habían tenido. Esa llovizna acababa de arruinar las últimas tomas de la tarde.

—La madre que...

Paula se asomó a su lado.

—Bueno, tal vez escampe pronto.

Un relámpago azul azotó el cielo y entonces empezó a llover de verdad.

—Bien, y ahora qué hacemos —preguntó Diego.

La tromba de agua arrancó dispuesta a barrer el jardín de hojas secas y ramas caídas.

—Me parece que el corto termina aquí —sentenció David—. Intentemos llegar al coche.

El sufrido Clío estaba esperándoles al otro lado de la verja de la entrada, cuarenta metros al final de un sendero completamente embarrado.

—Debes de estar bromeando —intervino Nico—. No podemos mojar el equipo.

—Tienes razón —respondió David—, iré yo y traeré el coche lo más cerca que pueda de la puerta.

Paula empezó a ponerse la chaqueta y se caló la capucha.

—Te acompaño.

Aún sin la conformidad de David, los dos echaron a correr hacia la verja de entrada. La tormenta había arreciado. Era imposible ver dónde pisaban. Desde la puerta Nico y Diego loes perdieron de vista cuando apenas habían recorrido unos pocos metros. Aunque escuchaban las maldiciones de Paula y las arengas de David, la tempestad parecía haberlos engullido.

En el corazón del diluvio, Paula sujetaba la mano de David intentando no perderle. Tenía la sensación de que cada vez estaban más lejos del coche. Sin embargo, de pronto escuchó el golpe de la mano de David contra la carrocería. El tintineo metálico de las llaves quedó apagado por el repicar del agua sobre el techo.

—¡Vamos, entra! —gritó David.

Paula le hizo caso y abrió rápidamente la puerta del copiloto para sentarse a su lado.

El chico introdujo la llave en el contacto y accionó el mecanismo de arranque, pero el motor apenas exhaló un débil quejido afónico. David lo intentó varias veces más, aunque fue inútil. Aquellos circuitos estaban muertos.

—¿Qué pasa? —preguntó Paula.

—Pues que no arranca, ¿no lo ves?

—Oye, no hace falta que te pongas borde conmigo.

David maldijo en voz baja y empezó a salir del coche.

—No es eso...

Antes de que Paula pudiera interpretar sus gruñidos, David había desaparecido en la tormenta, así que salió del coche detrás de él. Lo encontró junto al capó del Clío con las manos en la cabeza, pero no para protegerse de la lluvia, sino como parte de una expresión de desconcierto que, por alguna razón, le transmitió un escalofrío.

—¿Qué... qué le pasa al coche?

David señaló con la mano hacia el interior del capó. Alguien lo había abierto y llenado de piedras y hojas, y una roca que no hubiera podido levantar él solo descansaba incrustada sobre el amasijo deforme en que se había convertido el motor. Si en el rostro de Paula se reflejaba una mezcla de confusión e incredulidad, en el de David solo se podía percibir el pánico. Aquella piedra no había llegado allí sola.

—¡¡¡Corre, Paula!!!

Regresaron al caserón empapado. Diego y Nico loes esperaban en la entrada.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el coche? —preguntó el técnico.

Paula entró a trompicones en el recibidor; su pelo y las mangas de su sudadera estaban chorreando. David la seguía de cerca, encogido, como si escondiendo la cabeza entre los hombros pudiera evitar el chaparrón.

—¡Alguien lo ha saboteado! —gritó ella.

El zumbido sonó fugaz como un latigazo, pero pesado, igual que un yunque que cae desde cierta altura. Un segundo después, David se desplomó entre Nico y Paula. Tenía la hoja de un hacha incrustada en el cráneo. De pronto, cuando los gritos de los

tres todavía no habían cesado, alguien cerró las puertas de la casona y las atrancó desde fuera con la cadena.

Una sombra pasó en ese momento por delante de una de las ventanas. Y entonces, en alguna otra habitación, estalló un ruido de cristales rotos.

—¡Está dentro! —gritó Diego.

Nico se abalanzó contra la puerta y trató de forzar los tablones. Sin embargo, de algún modo habían conseguido utilizar la cadena rota para afirmarlos. Entendieron que por ahí no podrían salir y decidieron buscar otra vía, dieron media vuelta y encontraron la figura de un tipo enorme a su lado. Fuerte, rudo, se agachó junto al cuerpo de David para recuperar su hacha. El metal se separó de la cabeza del chico emitiendo un sonido pastoso. A continuación, el hombre se incorporó y sopesó el arma entre sus manos, después levantó la mirada hacia los tres jóvenes, atrapados entre esta y la puerta, y les dedicó una sonrisa.

Con la facilidad de un ligero puñal el hacha dibujó un arco a la altura de sus cinturas. Diego y Paula consiguieron saltar, pero Nico recibió el impacto en pleno abdomen. La mitad superior de su cuerpo quedó literalmente colgando, mientras se doblaba hacia delante vomitando sangre. La chica acertó a escabullirse entre los brazos del hombre y salió disparada escaleras arriba, incapaz de oír los gritos de Diego, que había esquivado un segundo ataque y corría hacia la ventana rota que el asesino había utilizado para entrar.

Los tramos de escalones se le hacían cortos e inútiles; aun desde ahí sentía los pasos de aquel hombre retumbar en sus oídos. Siguió subiendo cuanto pudo y en la oscuridad del tercer piso se encogió como un ratón agazapado. No podía dejar de llorar. Entonces escuchó unas tímidas pisadas y tuvo que levantar los ojos del suelo. Al hacerlo descubrió a una niña que la observaba desde la ventana con la cara vacía y el cuerpo desnudo. Fue como si la oscuridad de sus cuencas la engullera.

Paula gritó y se levantó de un salto, aunque para entonces la aparición ya se había disipado. Corrió hacia uno de los ventanales y trató de separar ambas hojas, pero fue inútil. Escuchó los gritos de Diego y le recordaron los chillidos de los animales en un matadero. Mucho más abajo, en la maraña del jardín, su exnovio corría en dirección al coche con un tremendo óvalo de sangre empapando su espalda. Cuando la figura de aquel hombre apareció caminando sin prisa hacia él, Paula no pudo más que contener la respiración. El hacha silbó en el aire y cercenó de un tajo la pierna izquierda de Diego. El chico cayó al suelo con el muslo convertido en una bolsa sanguinolenta y palpitante. Los alaridos de Paula alertaron al asesino y sus golpes en la ventana le indicaron dónde encontrarla.

Él subía y ella bajaba. En el rellano del segundo piso la hoja del hacha y la cabeza de Paula estuvieron a punto de encontrarse. La joven, sin saber cómo, se vio de espaldas a él, corriendo por un oscuro pasillo que la conduciría al otro lado de la casa. Al final del corredor su cuerpo encontró una puerta cerrada, sin embargo el propio choque contribuyó a vencer la carcomida cerradura. El frío de la noche sacudió a

Paula en el rostro. La lluvia incesante y un viento helado disimulaban el recorrido de un callejón que de una manera similar a un foso parecía rodear la casa y se internaba en una zona del jardín lindante con el bosque. La oscuridad y la vegetación se cernieron sobre ella.

Jamás olvidaría el ruido de aquellas pisadas, el temblor que experimentó bajo sus pies cuando el leñador saltó desde la ventana al foso detrás de ella. Mientras brincaba y aceleraba el paso entre gritos ahogados, supo que, en realidad, no le quedaba demasiado tiempo para recordarlo. El pánico guiaba sus pies, haciéndola rebotar de un lado a otro del murete de ladrillo. Corría casi a ciegas, aturullada entre la lluvia, las lágrimas y los rizos que se le pegaban a la cara. Las manos por delante, los ojos buscando constantemente aquella sombra que poco a poco, sin prisa, le iba dando alcance. Hasta que vio la puerta de aluminio verde.

Pero estaba cerrada.

* * *

El cuerpo de la chica no pesaba demasiado. Los otros dos ya estaban apilados en la entrada cuando llegó con ella auestas. Sin embargo, en mitad del jardín debía haber un cuarto cadáver. Cuando dejó a Paula y se acercó al charco de sangre solo encontró un pedazo de pierna. Un débil reguero rojo se perdía más allá de la verja de la entrada y desaparecía ladera abajo.

CAPÍTULO 5

—¡Rojo! ¡Rojo! Ven aquí ahora mismo.

La voz de Pablo sonaba excitada y a la vez confundida. No llegó a entrar en el despacho, sino que se limitó a abrir la puerta para asegurarse de que Matt podía oírle y se unió al alborotado torrente de compañeros que se dirigían hacia el televisor. Rojo no saltó precisamente de su silla; se desperezó como un indolente holgazán y farfulló algo en inglés antes de sumarse al resto. El primer vistazo a la pantalla terminó de despejarle. El chico, apenas un crío, estaba destrozado.

—Otro más, Matt, también en la cumbre.

—¿Dónde lo han encontrado?

—En la carretera. Se arrastró hasta allí, no se sabe cómo. Un repartidor casi lo atropella con el camión.

Los muchachos de la Cruz Roja se afanaban por subir al chico a una camilla sin dejarse los pedazos sueltos en el asfalto. Las imágenes eran frenéticas, confusas, torpes, ocho manos metían al herido en la ambulancia junto a un rótulo superpuesto en el que se leía «Tejeda, Gran Canaria. Esta mañana».

—Creo que el chico ha murmurado algo. —Gruñó entonces Matt.

—¿Qué dices, Rojo?

—Sí, Pablo. Llama a Marrero, a ver quién está ahí arriba con los de la Cruz Roja. Quiero saber lo que ha dicho ese niño ahora mismo.

Pablo no tardó un segundo en obedecer a su jefe. Marrero le desvió al móvil de uno de los agentes que supervisaban el rescate y unos minutos después Matt ya estaba en línea con el responsable de la ambulancia. El chico había dicho «Casa Alba».

* * *

Había estado lloviendo durante toda la noche, pero por la mañana lucía un sol de esos que solo se pueden sufrir en la cumbre. Matt aparcó su tartana junto a la verja de la entrada de la conocida como Casa Alba, en el término municipal de Tejeda. Era un antiguo hospital en desuso que fue vendido después de mucho tiempo para luego volver a estar deshabitado. Deshabitado, pero con fantasmas. El policía irlandés no creía en esas estupideces, claro, aunque sí conocía la leyenda sobre las supuestas apariciones de Lorena.

El sendero que desembocaba en la puerta principal de la casa era un confuso caldo de barro y sangre. Eso fue lo primero que llamó la atención de Rojo. Y no le gustó nada.

Una gruesa cadena sostenía la puerta gracias a la presión de un mango de madera colocado a modo de torniquete. Matt introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y, utilizándola como guante, liberó los eslabones para pasar al otro lado. Estuvo a punto de resbalar en el charco de sangre que teñía de grana el recibidor del viejo hospital. Junto a la pared de enfrente descansaban cuatro mochilas y una buena colección de aparatos de rodaje. El policía sacó el teléfono móvil y marcó un número sin mirar.

—Pablo, tenemos algo.

* * *

La Casa Alba no tardó en llenarse de policías y, poco después, de reporteros y curiosos, pero Matt, *el Rojo* ya estaba bastante lejos para entonces. Frente a la entrada de la casona se acumulaba un barro extrañamente oscuro, extrañamente removido, extrañamente pringoso. Desde allí parecía dibujarse en el follaje un surco informe que se internaba en la maleza. El irlandés lo siguió y, cuando un rato después se encontró perdido en mitad del bosque, decidió continuar subiendo. Ya no tanto porque confiara mucho en aquella pista, sino por la pereza de regresar a la casa y encontrarse con semejante bullicio de placas y cámaras.

Aunque hacía rato que había perdido entre la hojarasca y el fango la marca del surco en la tierra, un sendero natural parecía abrirse paso por el monte, como si no fuese raro que alguien transitase a menudo por allí. Matt no había coronado todavía la ascensión cuando empezó a escuchar un murmullo chirriante, tal vez una radio, y se dirigió hacia él. El soniquete pronto tomó forma de voz de dibujo animado. Era una televisión, se escuchaba a través de la ventana empañada de una vieja y mugrienta caravana blanca instalada en un claro. La puerta estaba abierta y de su interior brotaba el aroma cargante de algún tipo de asado. Cuando le restaban pocos metros para llegar, el móvil de Matt pareció volverse loco. Era Pablo.

—Rojo, han identificado al chico. Se llama Diego. Ha perdido una pierna y demasiada sangre. Se encuentra estable, pero no podremos hablar con él por ahora.

—Qué coño hacía en esa casa. —Pablo carraspeó.

—El chico es escritor. Al parecer, junto a otros tres amigos había alquilado un equipo de filmación y pensaba rodar un corto en la casa este fin de semana.

—Muy corto.

Pablo prefirió obviar el comentario.

—Estamos pendientes de identificar a los otros tres.

—Perfecto.

El policía irlandés cerró con un manotazo la tapa del móvil y volvió a prestar atención a la algarabía de los dibujos animados. Íntimamente se alegró de que Susie

no hubiera pasado nunca por esa etapa; ella siempre había preferido leer a ver la tele. Así le iba. No sabía de quién había sacado esa afición por las noveluchas. En lo que rumiaba su amor por su hija llegó a la puerta de la caravana. La televisión sonaba al fondo, voces de pito gritándose entre sí. Junto a ella distinguió una especie de cuna y vio cómo, desde un sillón desfondado, le observaba la mujer más horrenda que jamás se hubiera echado a la cara.

—¿Qué desea? —preguntó ella con voz rocosa. Tenía en la mano izquierda un cigarro habano cuyo humo nublabla el techo de la caravana, y junto a la diestra, una revista de pasatiempos y un vaso ancho con algún licor y varias piedras de hielo. Le sorprendió porque no solía pasarle, pero Matt se sintió intimidado.

—Buenas, señora —dijo—. Soy detective y ando buscando a unos jóvenes que desaparecieron por aquí anoche.

La mujer dio una calada a su puro y expulsó el aire hacia arriba.

—¿Tiene mi casa pinta de guardería? —preguntó.

El policía no pudo evitar dirigir una mirada hacia la cuna. Una serie de roñosos barrotes de hierro albergaban toda suerte de muñequitos grotescos y otros colgajos. Como si sintiera los ojos del irlandés, su ocupante asomó la cabeza por encima de las mantas de colores que lo abrigaban. Matt dio un respingo. Aquella cosa no podía ser humana.

—No, señora —sonrió nervioso—. Lo que quisiera saber es si los ha visto pasear por aquí. Ya sabe, los chicos se van de barbacoa, beben... No es raro que se despisten.

De repente la mujer estalló en una carcajada, como si aquel hubiera sido el chiste más gracioso que oyera en su vida. El detective no podía sentirse más incómodo.

—Sí..., se despistan...

La anciana le sonrió con su boca falta de piezas. El bebé le miraba con aquellos ojos disparejos de los que solamente uno parecía servirle; balbuceaba jugueteando con su lengua entre los afilados dientes. En la mesa había un centro de fruta pasada y, en una de las paredes, un grupo de fotos descoloridas, algunas de la criatura y otras de la mujer junto a un hombre mayor, y también con un chico más joven.

—¿Su familia?

La señora volvió a degustar su cigarro.

—Sí. Mi marido... murió. Aquel es mi hijo.

—¿Vive aquí también, con ustedes?

—Claro, ¿quién cree que alimenta al niño? Yo ya no puedo moverme como antes.

Matt asintió y se fijó en el par de muletas que descansaban junto a la mujer a un lado del sofá. El bebé se puso de pie y empezó a sacudir los barrotes. Era tremendo, enorme, muchísimo más grande de lo que uno esperaría encontrar en una cuna. Al irlandés se le atragantó un nudo de saliva en el gáznate.

—Tiene hambre —comentó la señora mirando al bebé con una sonrisa espeluznante.

Casi a la vez comenzó a pitar el émbolo de la olla que se cocía al fuego. Aunque le hubiera dedicado todo su léxico en castellano, al irlandés no le habría resultado sencillo describir el picante y dulzón efluvio que emanaba del guiso.

—¿Quiere quedarse a comer? —le preguntó la mujer, al tiempo que se levantaba y se dirigía a la cocinilla. Su mirada burlona consiguió erizarle los pelos de la nuca. No supo por qué.

—No, no, gracias —contestó con zozobra—. Es obvio que usted no ha visto a los chicos que busco. Tal vez podría hablar con su hijo...

—Tal vez —dijo ella con dificultad, como si levantarse y caminar le supusiese demasiado esfuerzo. Entre el escándalo del bebé y el olor a sudor y al humo caldoso del tabaco, Matt solo pensaba en escapar de semejante caverna—. Llegará más tarde.

El policía tuvo que hacerse a un lado para que la mujer accediera a la olla, quedando tan cerca de la cuna que se estremeció al pensar que el bebé pudiera alcanzarle.

—Bien, entonces me marchó. —Gruñó. Por alguna razón su mirada se había atascado en uno de los muchos juguetes que se escondían entre las mantas del niño. Qué curioso: le llamaba la atención su textura, su forma... ¿Qué era?—. Puede que vuelva más tarde si necesito hablar con él.

La mujer levantó la tapa de la olla y esta se desprendió con una tosca explosión de aire y vapor de agua. El hedor se extendió por la caravana. ¿Qué era ese juguete? ¿Por qué le fascinaba?

—Como quiera —dijo—. Aquí estaremos.

Matt la escuchó como quien despierta de un mal sueño. No podía dejar de pensar en... Sin embargo, ya era hora de irse. Intentaría hablar con el tal Diego.

—Bueno, señora, muchas gracias. Ya... —el policía enfiló la puerta y el niño dio un brinco más en su cuna. El juguete se zafó por completo de la manta y quedó a la vista entre los barrotes. Parecía una mano humana—, ya nos veremos...

CAPÍTULO 6

La hora de la comida le pilló en el hospital, así que se sentó en una de las mesas de la cafetería, delante de una bandeja con algo que parecía lomo envuelto en un celofán. El pan estaba duro, pero lo peor era que no habían querido servirle una cerveza. Abrió la lata de cola maldiciendo en los dos idiomas que conocía. La ira tenía la virtud de entremezclar las blasfemias de una manera natural.

No había tenido suerte con el chaval. No solamente débil, sino también conmocionado, pasaba más tiempo inconsciente que despierto, y era justo en esos minutos cuando las enfermeras aprovechaban para darle de comer o para explorarle. Prometieron a Matt que en uno o dos días podría hacerle una entrevista, pero el policía sabía que para entonces ya iba a ser demasiado tarde. Aún quedaban tres muchachos desaparecidos a los que poner cara y nombre. Y, por supuesto, había que encontrarlos.

Tarde, como de costumbre, su compañero Pablo llegó a la cafetería del hospital y se sentó frente a él. Traía una delgada carpeta de cartón que colocó en la mesa a su lado.

—¿Qué coño comes, Rojo? —preguntó. Matt levantó el tenedor y le mostró el pedazo de lomo reseco.

—Tal vez sea familia tuya, ¿quieres un poco?

—No, gracias, amigo. Ya comí mi ración de basura en la comisaría. Te he traído lo que pedías.

El irlandés dejó a un lado la bandeja y atrajo hacia sí la carpeta. Contenía una serie de fotografías e informes, recortes de periódico y un buen número de hojas manuscritas.

—¿Es todo lo que había?

—Todo lo documentado —respondió Pablo—. Muchas veces hay desapariciones que no podemos situar en el espacio o en el tiempo. Supongo que habrá más, pero esas son todas las incidencias recientes que tienen que ver con la cumbre de Gran Canaria.

—¿Quién es este? —preguntó Matt posando su dedo en una noticia de prensa.

Su compañero se inclinó hacia él.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo—. Si está ahí es que no desapareció, así que no llevamos el caso nosotros. Déjame ver.

El tipo de la fotografía parecía relativamente joven, aunque su pelo oscuro empezaba a salpicarse de canas. Llevaba unas costosas gafas de sol, tal vez demasiado grandes para su cara, pero que ni siquiera así conseguían esconder del todo las horribles cicatrices que se la desfiguraban. Hablaba para un corrillo de micrófonos sentado en una silla de ruedas. Sobre la foto, el titular desvelaba su

nombre.

—Álvaro Casal, escritor —leyó Pablo—. Fue atacado el año pasado junto a su pareja. Ella murió. Él ahora escribe la historia de lo sucedido.

Matt dejó caer la servilleta de papel sobre la bandeja y apuró su refresco poniéndose de pie.

—Creo que tendré que hacerle una visita —dijo—. Averiguaré dónde vive.

—Perfecto.

* * *

«Mi ilusión siempre fue hacer de aquella una noche especial. Celebrar nuestro aniversario bajo las estrellas, como siempre habíamos deseado, así que conduje hasta un claro en la montaña. Sin embargo, la lluvia nos sorprendió de camino.

»No fui capaz de disimular mi decepción, aunque ella no acusó mi fracaso, nunca lo hacía. Al contrario, me sonrió de un modo muy dulce... Dejó en el salpicadero el plano de las constelaciones que había impreso para ella y se inclinó sobre mí. Sé que si cierro los ojos, podré sentir de nuevo sus labios...».

Las manos de la chica se posaron en los hombros del escritor y el roce de sus labios hizo que la piel de su cuello se estremeciera.

—¿Este lo podré leer?

El escritor guardó el archivo y se giró hacia su novia. Odiaba las interrupciones; le irritaba que le hicieran perder el hilo, pero no quería ser un Jack Torrance. Respiró hondo buscando paciencia para atenderla.

—¿A qué te refieres?

Ella se acercó para besarle.

—Algunos capítulos hacen que me sienta celosa.

El escritor volvió a mirar hacia la pantalla de su ordenador y revisó lo que había escrito.

—Bueno, entonces será mejor que no lo leas —comentó indiferente. Antes de darse cuenta, le daba la espalda a la chica y volvía a teclear—. Quizá sea mejor que esperes a la parte en la que la matan.

Sandra retiró las manos de él como si le hubiera dado calambre. Tan sucio, tan hiriente, no podía creer la facilidad con la que sus palabras podían destrozarla. Se apartó del escritorio y tomó del último estante el tabaco para salir al porche a fumar un cigarrillo. «Que se joda —pensó—, solo es un estúpido enamorado de un fantasma».

Se sentó en una de las sillas de mimbre y posó sus largas piernas desnudas sobre

la mesa. El hombre pelirrojo la miraba desde su coche. Sandra sonrió, le gustaba el modo en que aquel tipo observaba sus piernas, así que jugó a tontear con él deslizando lentamente una sobre la otra. Entonces el pelirrojo le mostró una placa y le preguntó por su novio. Ella chasqueó la lengua con fastidio.

—Álvaro, cielo. —Gruñó levantando la voz—. Tienes visita.

* * *

«Lo primero que me llamó la atención no fue el brillo de sus ojos, eso me aterrorizaría después. Lo primero fue ver cómo la porción de cielo gris que distinguía a través del vaho de mi ventana se oscurecía con una forma humana. Entender que un hombre nos estaba observando fue un golpe casi tan duro como los que recibiría más tarde. Se me escapó un grito, un insulto tal vez. No lo recuerdo. Pero cuando ella vio lo que sucedía no pude contener su alarido; se apartó de mí y rápidamente cubrió su cuerpo desnudo. Sentí su miedo, su intimidación ofendida como si yo mismo la hubiera mancillado. Entonces sí pude ver el brillo en los ojos y su sonrisa... Decidí salir del coche para enfrentarme a aquel hijo de puta».

—¿Le vio usted la cara, entonces? —preguntó Matt dejando el manuscrito sobre la mesa. El escritor torció el gesto y negó con la cabeza.

—Estaba demasiado oscuro... No había luna ni estrellas. Solo una penumbra velada por los nubarrones y la llovizna. Tal vez vi sus ojos por un segundo, pero cuando salí... —el joven se abrió tres botones de la camisa y le mostró al policía su torso. Una horripilante franja de piel cicatrizada le cruzaba el pecho desde el hombro a la cadera— esto es todo lo que obtuve.

—¿Y después? —insistió el detective.

El escritor se abotonó de nuevo y se ajustó las gafas de pasta negra. Apoyado en su muleta, se separó de la mesa como si el mero recuerdo le escociera.

—La sacó a rastras del coche. Ella quiso defenderse, pero él... Era muy fuerte, ¿sabe?

—¿Qué hacía usted?

Álvaro Casal le miró con repulsa. Matt no supo distinguir si le odiaba a él o si se odiaba a sí mismo.

—Desangrarme en el suelo.

El escritor cruzó la habitación y se dirigió hacia la puerta. Sandra se aburría tumbada en el sofá pintándose las uñas de los pies. Sus largas piernas, blancas y desnudas, contrastaban con su minúscula camiseta de tirantes. Cuando Matt la miró, ella le lanzó un beso nada inocente.

—Su visita ha terminado —dijo Álvaro.

El policía cruzó el umbral, pero se detuvo en el porche.

—Escúcheme: tres jóvenes han desaparecido y un cuarto agoniza en el hospital con múltiples heridas.

—¿Como estas?

El escritor se cambió la muleta de mano y se golpeó con los nudillos en el muslo. Sonó a madera hueca. Matt alzó las cejas y se caló las gafas de sol.

—Escúcheme, lo lamento mucho, pero...

—¡Qué demonios lamenta! —interrumpió el otro mascando cada sílaba. La rabia rumiaba sus palabras—. Nadie lamentó nada cuando me sucedió a mí y nadie movió un dedo por vengarla a ella. ¿Investigaron? Sí, claro. Tanto como usted ahora. Viene hasta aquí, tal vez después de dar un agradable paseo por la montaña, hace algunas preguntas, y al verse con las manos vacías regresa a la ciudad, a su elegante despacho. ¿Se tomará un café con los colegas mientras prepara el partido de pádel del domingo?

Matt se frotó la barbilla rasposa. La barba pelirroja empezaba a canear en algunos sitios. Pensó que sus cicatrices no eran muy diferentes a las de aquel chico. Su resentimiento, tampoco.

—La verdad es que no bebo café, amigo. Y menos en la comisaría. Es un asco, no se lo recomiendo. ¿Y qué carajo es el pádel? Escuche, yo no investigué su caso, ni siquiera llegó a mis manos. Ahora hay desaparecidos, y si no doy con ellos, puede pasarles lo mismo que a usted.

—¿Puede? Amigo, en ese bosque hay algo. Le garantizo que, si encuentra a esos pobres diablos, no será con sus miembros unidos al cuerpo. Adiós, agente.

La puerta golpeó dos veces el quicio de madera. Antes de dar media vuelta, el irlandés se metió un chicle de menta en la boca. Cuando alzó la vista de nuevo, las piernas de Sandra ocupaban casi todo su campo de visión. También de su interés.

—¿Fue bien? —preguntó ella.

Matt mascó su chicle chasqueando la lengua de manera ruidosa, como si el gesto le aburriera.

—¿Su amigo no es demasiado joven para ser tan arrogante?

La chica rio. No descendió los escalones del porche. Cruzó las piernas y levantó los brazos como si se desperezara. Sus pechos se juntaron asomando al balcón de la camiseta. Si quería que Matt apreciara el *piercing* de su ombligo, lo consiguió con creces.

—Él es así, no se lo tenga en cuenta. Rarezas de escritor, ya sabe.

—Supongo que ha sufrido mucho.

Ella suspiró.

—Claro, sí. Eso también.

El irlandés se quitó las gafas y frotó los cristales con el filo de su camiseta. Estaba seguro de apestar a alcohol. Miró a la chica de reojo, cegado por culpa del sol del

atardecer. No pudo evitar observarla, claro, y no reprimió un pensamiento impropio de su edad ni de su cargo. Tampoco disimuló una sonrisa.

—¿Le gusta algo que ve? —dijo ella.

—Tal vez —rio Matt colocándose de nuevo las gafas. Sucedió lo que más temía. Ella bajó los escalones.

—¿Ah, sí?

Se acercó hasta él descalza, caminando de puntillas sobre la gravilla. Le quitó las gafas de sol despacio, exhaló vaho sobre uno de los cristales y lo aclaró después con la cinturilla de su camiseta, tirando de ella hacia abajo de un modo que al irlandés no le pareció el más apropiado para limpiar unas gafas.

—Gracias —le dijo.

—Ahora está mejor —contestó Sandra devolviéndole lo que era suyo—. Bonitos ojos, por cierto. Verdes...

—Herencia de mi madre.

—¿Inglés?

—Irlandés, ándese con ojo.

La chica frunció los labios en un mohín peligroso. Estaba jugando con fuego.

—¿Hay alguna diferencia?

El policía sonrió. Ella se inclinó un poco más hacia él y acarició su flequillo rojo cortado a cepillo. Su boca entreabierta olía a vino dulzón. Las yemas de sus dedos se detuvieron en la mejilla corrupta de Matt, donde la barba crecía a salpicones entre las cicatrices.

—Usted tuvo también su demonio... —dijo.

El detective carraspeó y se separó de ella. Se ajustó las gafas y buscó en sus bolsillos las llaves del coche.

—Dígame, ¿cómo acabó usted con ese tipo?

Ella sonreía con los párpados caídos.

—Fui su fisio en la rehabilitación tras el... accidente.

El irlandés hizo un gesto con la cabeza. Por fin encontró las malditas llaves y empezó a caminar hacia el coche.

—Entiendo.

—¿Le duele a usted algo, agente? —dijo ella.

Matt sonrió desde su asiento al volante.

—Más de una cosa, señorita. La llamaré si me animo a buscar un especialista.

La tartana arrancó con un petardeo ronco. Al alejarse, el policía no podía dejar de buscar a la chica en el espejo retrovisor. Aún desde allí le sonreía, y lo que hacía con la mano sobre sus senos no era, desde luego, la típica despedida. La perdió de vista antes de que el pensamiento de volver a por ella terminara de completarse.

CAPÍTULO 7

Sube, todo está preparado. Mónica sonrió a Alberto antes de decidirse por fin a entrar en el coche; se sentía incómoda con aquella minifalda tan corta, no estaba segura de lo que se podría entrever al levantar la pierna para colocarse en el asiento del copiloto. Aunque, de todas formas, sería mucho más lo que, si todo salía bien, le iba a enseñar en un par de horas.

Llevaban varias semanas planeándolo, buscando el día adecuado para poder llegar tarde a casa sin levantar sospechas y esperando ansiosos el fin de semana en que no lloviera. Alberto, un par de años mayor, parecía tranquilo y seguro, a pesar de que para él también iba a ser la primera vez. Ella, en cambio, temblaba y se estremecía ante la idea. Y aun así, sabía que lo deseaba tanto o más que su novio.

Por eso aceptó cuando aquel sábado recibió la llamada de Alberto.

—Hoy es el día —le dijo.

—¿Seguro?

—Sí, es perfecto.

Pasadas las nueve, Mónica y su minifalda subieron al coche de Alberto, todavía con la respiración entrecortada y la conciencia a vueltas entre la culpa y el deseo. Sin embargo, sabía que no iba a arrepentirse. Él estaba tan guapo que, cuando sintió el calor de sus labios y el frío agradable de su mano en el muslo desnudo, olvidó todas sus dudas. Sería la primera vez que harían el amor e iba a ser perfecta. Aquella noche estrellada, de luna clara y cielo abierto, se entregarían por fin el uno al otro, escondidos entre los pinos en algún lugar apartado y romántico de la cumbre de Gran Canaria.

Por la autopista Alberto se mostraba serio, concentrado, atento a la carretera y a los desvíos, sobre todo cuando abandonó la autopista del Sur para empezar la ascensión por la carretera de Tafira hacia la cumbre y su camino se convirtió en una sucesión de curvas cerradas que dejaban atrás kilómetros y kilómetros de montaña. Pronto comenzaron a notar el frío y tuvieron que subir las ventanillas, y cuando la radio perdió la señal, Alberto se apresuró a poner un cedé cuya etiqueta rezaba con letras verdes: «Para ocasiones especiales». «Tramposo...», susurró ella cuando empezó a sonar su balada favorita. Acarició la mejilla de su novio antes de plantarle un beso: «Espera que lleguemos arriba...».

* * *

Entre la familia de monstruos circenses y la masajista caliente, el sábado había

resultado de lo más espeluznante. Y precisamente el personaje que más le interesaba fue del que menos había podido sacar. El rocoso escritor era su único testigo, pero se negaba a colaborar; sin embargo, un simple comentario suyo había servido para activar a Matt y confirmar su sospecha: «En ese bosque hay algo».

Era cierto que los recortes de la carpeta de Pablo eran todo lo que tenían en comisaría sobre los sucesos en aquellas cumbres, pero fuera como fuese tenía que encontrar algo en esas páginas. Antes de abandonar el despacho hizo un par de llamadas a ciertos periodistas y les pidió que le enviaran toda la información que tuvieran a mano. Emergencias, ataques, accidentes o desapariciones desde tan atrás como les permitieran sus hemerotecas.

En su apartamento de Ciudad Alta el *soul* y el olor picante de una *pizza* al horno animaban el ambiente. En la mesa del salón, su hija Susie estudiaba para algún examen mientras en la pantalla del televisor avanzaba desatendido el DVD de un concierto cuyos protagonistas Matt no supo reconocer. «Estoy viejo», pensó, y se dirigió a la cocina a por una cerveza. Con la mesita frente a la tele inundada de velas, su única opción era sentarse con su hija en la otra, más grande, para examinar la carpeta.

—Bienvenido —dijo Susie sin levantar la mirada de sus apuntes—. Creo que nunca te he visto leer nada que no sean diarios deportivos.

Matt bebió un trago de su lata y se repasó los labios con la lengua; estaban cortados por el frío de la cumbre y le escocían.

—¿Y tú qué lees?

—Filosofía, ¿te interesa?

La chica le miró con una sonrisa entornando aquellos ojos verdes que había heredado de él y que tanto destacaban sobre la piel oscura que le legó su madre. «Jodida niña guapa», pensó Matt; ella era su mejor trabajo y su mayor fracaso.

—No, gracias —contestó él—. Bastante tengo con lo mío.

—Seguro que no es tan interesante.

—Seguro.

* * *

Después de dejar atrás los últimos faroles de la Villa de San Mateo, la pareja continuó ascendiendo en dirección al pico más alto de la isla. Mónica miraba a su novio de soslayo; estaba nerviosa, pero sabía que él era incapaz de hacerle daño.

Siguieron subiendo sin rumbo fijo, prestando atención a las curvas de una carretera imprevisible y buscando el recodo adecuado donde esconder el coche entre la maleza para tener la mayor intimidad posible. Ya llevaban un rato rodando en solitario, lejos de las zonas habitadas, atrapados a un lado por paredes de piedra sobre

las que se alzaban unos pinos enormes y, al otro, por el oscuro y profundo barranco, salpicado aquí y allá por plantas, arbustos y por un quitamiedos que aparecía y desaparecía a su antojo. La neblina de las medianías había comenzado a inundarlo todo y, además, arrastraba con ella un frío intenso y cortante. Alberto decidió que la mejor opción era ascender por encima del mar de nubes, evitando así el mal tiempo y la posibilidad no solo de que se estropeará la noche, sino de que luego, a la hora de volver, su vehículo no quisiera arrancar.

En pocos minutos distinguieron una intersección en la carretera. Alberto tomó la dirección hacia el Roque Nublo, la zona más alta de la isla, y comenzó así la parte más importante de la noche: decidir dónde debía aparcar para asegurar el éxito de la velada.

A partir de ahí no le quedaba otra opción que aminorar la marcha. Empezaba a circular por carreteras secundarias más escarpadas y oscuras, casi ocultas entre la maleza. El camino se iba internando en la profundidad de los pinares, dejando atrás los peligrosos barrancos de la ladera de la montaña. En esta zona el mar de nubes quedaba bajo sus ruedas y en su lugar reinaba otro mar distinto, uno de ramas y hojas en el que la visibilidad era casi nula. Esa oscuridad les favorecería para encontrar un lugar discreto donde llevar a cabo sus intenciones, pero, hasta que detuvieran el coche, constituía un serio problema. Alberto decidió avanzar con la luz larga y a velocidad moderada, fijándose en los recodos y calveros del bosque. Cuanto antes encontrara uno que sirviera como picadero, mejor.

De pronto, las ansias por perder la virginidad habían pasado a un segundo plano. Ahora lo importante era salir de aquella arboleda desde donde únicamente les llegaban una brisa helada, sombras fantasmales y ruidos estremecedores. Alberto solo estaba preocupado, pero Mónica ya empezaba a tener miedo. La idea de parar y apagar el motor en aquel lugar le hacía valorar de un modo diferente su otra alternativa, la de pagarse una noche en uno de esos moteles de mala muerte de Las Canteras. «¡Venga ya!, el campo es mucho más excitante», le había contestado días atrás su novio. «Pues vale».

Avanzaban a tirones, tramo a tramo, desde un «sitio perfecto» hasta el siguiente. Desechaban unos por tener demasiada luz, otros porque el bordillo de la cuneta era muy alto para que el coche de Alberto lo bajara, algunos por ser demasiado inaccesibles y la mayoría por dejarles casi al descubierto.

Sin darse cuenta estaban penetrando cada vez más en la oscuridad del bosque. Había pasado casi una hora desde que abandonaran las melancólicas luces de San Mateo y se internaran en los pinares de la cumbre. La luz de la luna apenas se filtraba entre el ramaje que ocultaba la calzada, y la brisa que se colaba por las rendijas de las ventanillas les estremecía como una invisible garra helada. Mónica no podía apartar la mirada de la profundidad del bosque mientras se frotaba las rodillas muerta de frío. Su novio empezaba a impacientarse, buscaba ese claro ideal, pero sus ojos se escapaban una y otra vez a los muslos de la chica, allí donde su piel brillante se

cubría por la inoportuna tela de la minifalda. ¡Tenía que parar ya!

Sin embargo, continuaban subiendo. Al otro lado de una curva cerrada dejaron atrás una vieja caravana disimulada entre la maleza y de cuyo porche colgaba un farol que apenas brillaba con una sucia luz anaranjada. No les llamó demasiado la atención. Alberto siguió conduciendo sin fijarse en el tronco partido que yacía al lado del remolque, junto a un montón de leña, y en el que dormía clavada un hacha enorme. La carretera se volvió más tortuosa, aunque la espesura del pinar empezaba a deshacerse. Habían llegado al rincón más alto de la isla, donde la densa arboleda daba paso de golpe al más árido desierto de roca en un contraste imposible. Ningún árbol les serviría allí de escondite. Decidieron entonces dar la vuelta; desandarían el camino y les tocaría elegir alguno de los claros «casi perfectos» que ya habían desechado.

Se lanzaron cuesta abajo en un descenso que nada tenía que ver con la parsimonia con la que habían llegado hasta allí arriba. Sus faros intercalaban el quitamiedos oxidado con grandes bloques de roca cubiertos de musgo, pero no tardaron en dejar atrás los escarpados acantilados de la cumbre para adentrarse de nuevo en la espesura del frondoso pinar. Volvieron a vislumbrar la caravana, aunque la luz ya estaba apagada. Más de dos horas después de salir de Las Palmas, Alberto detuvo su coche en un oscuro rincón del pinar, ni perfecto ni evidente, pero al borde del acantilado, con la ciudad iluminada adornando el horizonte y un inquietante silencio que congelaba el aire.

Se deshizo del cinturón de seguridad, apagó las luces y se inclinó sobre su novia. Sintió el temblor de Mónica bajo su cuerpo. Le preguntó si tenía frío, pero no si tenía miedo, ella negó con la cabeza y respondió a sus besos con tibieza, poco convencida. Su mirada buceaba —o lo pretendía, con la dificultad de tener a Alberto encima— en la oscuridad impenetrable del fragmento de bosque que enmarcaba el parabrisas. El chico, desde luego, tenía más desarrollada la capacidad de abstraerse. Le desabrochó primero el cinturón de seguridad y luego el primer botón de la camisa. Mónica tuvo que obligarse a admitir que no había llegado tan lejos para echarse atrás. Deslizó su mano derecha por el lateral del asiento y, tirando suavemente de la palanca, reclinó su respaldo hasta dejarse caer acompañada por el cuerpo de su novio, que quedó tendido sobre ella. Ese beso fue mucho más largo.

Se acariciaron; sus dedos aún fríos jugueteaban tímidamente, inexpertos. Un botón aquí, otro, el cinturón más allá. La camisa de Alberto se abrió casi al tiempo que la minifalda de Mónica terminaba de subir. El aliento empañaba los cristales. Mónica cerró entonces los ojos y dejó que su cuerpo se estremeciera con cada nueva caricia de Alberto. Le dejó hacer, confiada. Y así descubrió que le gustaba, llegando a olvidar las sombras del bosque, la luz trémula de la luna que dibujaba retorcidas ramas, aquel fulgor fantasmal que había avistado en el farol de la caravana. Se sorprendió suspirando, agitada, vibrante, hasta que en uno de esos escorzos abrió por primera vez los ojos y comenzó a gritar. Porque allí, en la ventana, descubrió pegada

al cristal la mueca perversa de un tipo que los observaba.

CAPÍTULO 8

Papeles, papeles y más papeles. Fotografías que no dicen nada, informes difusos y pistas que no llegan a ningún sitio. El timbre había sonado dos veces: mensajeros enviados desde las redacciones de un par de diarios que le trajeron a Matt sendos dosieres de prensa, igual de incompletos que el resto de documentación que ya tenía. Llegado un momento dejó sobre la mesa los recortes y las fotocopias y se reclinó en la silla frotándose los ojos. Tres latas vacías de zumo de cebada decoraban el improvisado escritorio junto a la taza de té de su hija.

—¿Nada? —preguntó Susie.

—Nada.

El DVD se había detenido y solo la lluvia contra los cristales llenaba el silencio de aquellas horas de estudio. El irlandés no se había dado cuenta, enfrascado en todos esos datos, fechas y nombres. Si realmente había algo allí, tenía que encontrarlo antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Qué sabes de la cumbre? —preguntó. Susie esta vez sí alzó los ojos y hasta dejó el bolígrafo sobre los folios.

—¿Planeas hacer una barbacoa en el campo?

Matt frunció el ceño y negó con la cabeza.

—El otro tipo de cumbre, esa a la que vais los chavales para hacer el tonto. Ya sabes, para...

—¿Follar?

—Eh, vigila lo que dices.

Susie se echó a reír.

—¿Esta es tu forma, papá, de sacar conmigo el tema del sexo?

—Hablo en serio, deja de reírte.

—Vale, vale —replicó ella—. Pues qué quieres que te diga, aunque no te lo creas, aún no sé mucho sobre el tema.

—Ya.

—¡En serio! Eh, papá, esta charla ya la tuvimos el otro día, te prometo que no...

—Vale, no es eso. —Gruñó Matt—. Están pasando cosas ahí arriba últimamente.

—¿Últimamente? —intervino Susie, tomó su taza vacía y se fue a la cocina para preparar más té. Dirigió una mirada a su padre por si este quería otro y él se lo negó con un gesto—. No creo que sea algo nuevo. Dicen que es peligroso.

—¿Qué sabes? —dijo Matt elevando la voz para que su hija le oyera desde la cocina.

Enseguida empezó a sonar el motor del microondas y Susie se asomó a la puerta.

—No mucho —contestó—. Vamos, lo que todos. La gente va, aparca el coche... A mis amigos no les ha pasado, de hecho no conozco a nadie que... Pero, bueno, he

oído de parejas sorprendidas por mirones; alguno se ha llevado un buen susto.

La campanilla del micro les sobresaltó y Susie volvió a desaparecer en la cocina para recoger su bebida.

—¿Un buen susto?

—Sí, supongo que de ahí la leyenda...

Matt sintió cómo el vello de su nuca se erizaba. Por instinto, como si no gobernara su cuerpo, se inclinó sobre la mesa con los dedos agarrotados.

—¿Qué leyenda?

La chica regresó a su silla soplando sobre la taza humeante; despedía un dulce olor a bergamota. Su padre pareció atravesarla con la mirada.

—Ya sabes, una de esas leyendas urbanas, seguro que es falsa. ¿Los polis no conocéis esas historias? Vaya...

—Cuéntamela.

Susie sonrió. Por un momento se sintió útil, gozaba de la atención de su padre de un modo que ya ni recordaba. Tal vez hacerse mayor fuera eso. Saber cosas que papá no sabe.

—Bien —empezó humedeciéndose los labios en el té de frutas—. Yo creo que todo esto es mentira, que la historia se ha ido sacando de varias películas... —Los ojos de Matt le pedían más información y menos hipótesis. Carraspeó—. Se cuenta que existe una familia en algún lugar del pinar. Una familia de frikis, de bichos raros, que no se mezcla con la gente. —Bebió un trago y se acercó más a su padre—. Dicen que son caníbales y que no pueden dejarse ver porque esconden a un niño deforme, un monstruo al que alimentan con la carne de los campistas que atrapan.

Susie resopló reprimiendo una risa. Matt la miraba sintiendo cómo un escalofrío helaba su carne.

—Pero no te lo tomes en serio —añadió ella—. Ya te digo que cuentan lo mismo de diferentes lugares de la isla, como si hubiera varias familias iguales o como si esta pudiera cambiar de pinar cuando...

No terminó la frase porque su padre saltó de la mesa y le plantó un beso en la frente. Gruñó un «Gracias, cariño» y, arrancando su chaqueta del perchero, se precipitó hacia la calle. Antes de que Susie entendiera nada en absoluto, Matt, *el Rojo* volaba bajo la lluvia de regreso a la cumbre.

CAPÍTULO 9

Al oír los chillidos de Mónica, Alberto se dio la vuelta y descubrió al mirón. No pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espina dorsal, pero su grito se ahogó en una capa de indignación y empezó a insultar al intruso a la vez que salía del coche para espantarlo. Antes de que pudiera echarle la mano al cuello, el fisgón había echado a correr hacia el interior del bosque y había desaparecido entre las sombras. Alberto, ardiendo en cólera, salió detrás de él vociferando.

Nerviosa, asustada y medio desnuda, la chica intentó abrigarse. «Será solo un segundo —pensó—, no tardará en volver...». Al escuchar aquellos pasos sobre la hojarasca se enterró en el sillón. Su instinto la llevaba a esconderse, a hundir la cabeza entre los hombros, apenas oteando la oscuridad por encima de la ventanilla. No oía los insultos de Alberto, no distinguía en la negrura más que ramas y arbustos, no sabía si empezar a gritar cuando un destello metálico le dio en el ojo. Entonces miró al retrovisor derecho y distinguió, de pie, a pocos metros detrás del coche, una silueta negra recortada por la luna. Se trataba de un hombre robusto, gigantesco, que llevaba una gorra y un hacha enorme en las manos. La hoja del arma brillaba como un rayo de plata y heló en sus venas la sangre de Mónica.

—¡Alberto!

Los gritos de su novia se perdían en la brisa fresca de la noche. Por más que le llamara, él solo escuchaba sus propios pasos golpeando la hierba y el barro detrás de la sombra del pervertido, maldito borracho. Cuando Mónica volvió a mirar al espejo, el hombre del hacha ya no estaba. Lejos de ella, en algún lugar indeterminado del bosque, Alberto empezaba a darse cuenta de que se había perdido.

La espesura del pinar le ocultaba la luna, no estaba seguro de saber a ciencia cierta dónde quedaba el coche, pero escuchaba la respiración del mirón, sus pasos atolondrados, lo tenía cerca y en cuanto lo atrapara le iba a dar una buena paliza. Entonces oyó cómo se quebraba un jadeo, oyó el silbido rápido de un objeto pesado cortando el viento, el ruido seco de un peso cayendo y rodando por el follaje. Primero se detuvo a escuchar y después comenzó a caminar más despacio. Eso le salvó de caer de bruces sobre el cuerpo mutilado del fisgón porque sus pies tropezaron con un fardo ensangrentado de carne y huesos, sin cabeza, agitándose todavía caliente sobre un gran charco de sangre, la que manaba a borbotones del cuello cercenado. A Alberto le flaquearon las rodillas y allí, en la oscuridad, empezó a vomitar. No tuvo tiempo de comprender lo que había pasado. Levantó la vista porque oyó un susurro. Entonces su pecho ahogó un grito. Aquella luz, el destello plateado que asaltó sus ojos, fue lo último que vio.

* * *

Curva a un lado, curva al otro. La llovizna cesó una vez hubo llegado a cierta altura, pero el cielo amenazaba con quebrarse y empezar a tronar de un momento a otro. Lo peor no era subir a toda velocidad por aquella carretera imposible, lo peor era no tener ni puñetera idea de cómo había encontrado aquel claro el día anterior.

La caravana, el guiso, el juguete del bebé, todo encajaba, cobraba sentido de repente. Pero Matt no podía olvidar que actuaba de acuerdo a los dictados de una leyenda urbana. A pesar de la dificultad de la carretera, extrajo el móvil de su chaqueta y marcó el número de Pablo.

—¿Dónde demonios andas, Rojo? —respondió aquel con voz adormilada.

—De *camping*.

Acababa de dejar atrás la Vega de San Mateo, su vieja tartana surcaba Las Lagunetas y se internaba en los pinares más altos de Gran Canaria por la 811. Empezaba a notar el frío y subió las ventanillas. Las curvas eran cada vez más cerradas y le costaba atacarlas con una sola mano al volante.

—Pablo, necesito que mires una cosa.

—Dime. —La voz de su compañero le llegaba entrecortada, estaba perdiendo la cobertura.

—¿Te suena de algo que una familia extraña viva en los pinares?

Se hizo un silencio.

—De qué coño me hablas, Rojo. Eso de dónde lo sacaste, ¿de una peli?

—En serio, tienes que investigarlo y avisarme. Es la única pista que tenemos.

—¿De verdad consideras eso una pista?

Las curvas empezaban a poner en peligro el futuro de Matt, y con él, el de la investigación. La rueda delantera derecha se bajó a la cuneta al enfilar una estrecha subida y el policía perdió el móvil entre sus piernas al intentar recuperar el control del volante.

—¡Rojo! ¿Estás ahí?

Al otro lado de la línea, Pablo podía escuchar las maldiciones de su compañero. Ignoraba qué estaba pasando. Tuvo que apartarse el teléfono de la oreja cuando llegaron los ruidos de Matt recuperando el aparato.

—Mierda, Pablo, me da igual si te parece gracioso o una estupidez. Averigua lo que puedas y te llamo en un rato. Voy a despeñarme.

La conexión quedó vacía. El policía miraba atónito su móvil silente mientras salía de la cama. No entendía nada, pero se sentó frente a su ordenador y conectó Internet.

* * *

Mónica había dejado de llamar a su novio. Como tardaba demasiado en volver, bajó los seguros de las puertas y quitó la música de la radio. No quería más mierda melosa; buscó una emisora, cualquier dial en el que la gente hablase, de lo que fuera, todo menos aguantar aquel silencio. Sin embargo, fue inútil porque allí no llegaba ninguna señal. Miraba a todos lados y se frotaba los brazos, intentando alejar el frío y combatir el miedo que sentía trepar por sus venas como un río de agua helada. «Alberto, ¿dónde coño te has metido?». De pronto, chilló como nunca antes lo había hecho.

El golpe fue en el techo, un choque seco y violento de algo muy pesado que había caído sobre el coche hundiendo la carrocería. Mónica saltó sobre su asiento y oteó las ventanas en todas direcciones, pero solo descubrió la misma negrura. Sin embargo, lentamente, el parabrisas empezó a teñirse de rojo. Tres hilos de sangre se deslizaban desde el techo, convirtiendo el círculo lunar en un esbozo desgarrado.

Un animal, tal vez uno enorme caído desde una rama... Mónica intentó tranquilizarse y trató de empujar el techo hundido hacia arriba. Imposible, demasiado pesado; era absurdo que intentase invertir ella sola la abolladura. Se puso de rodillas sobre el asiento de Alberto, se cubrió la cabeza con las manos y lanzó todo su peso contra el techo, jugándose la espalda. No revirtió el bollo pero sí hizo que algo se deslizara por encima de ella. Despacio, como un péndulo, el brazo de Alberto cayó sobre el cristal y su lánguido balanceo dibujó un arco perfecto de sangre en la ventanilla. El aire en su garganta se convirtió en el gas de un volcán. Mónica gritó fuera de sí mientras aquellos dedos inertes parecían saludarla.

La mano de su novio se detuvo por fin con un chapoteo apagado. Mónica estaba horrorizada, despierta en mitad de una pesadilla y sin saber reaccionar. Sentía claustrofobia, angustia, pánico... Era incapaz de entender por qué Alberto se había marchado, por qué estaba muerto y la había dejado sola a merced de quienquiera que aún la observase desde fuera. En su velo de horror de pronto la negrura parecía más densa, envolvía el coche con un silencio ahora más espeso que nunca, con un frío todavía más punzante, solitario, en lo profundo de un bosque a muchos metros de cualquier otra alma humana.

Y su mirada volvió entonces al retrovisor. Allí estaba otra vez, en el mismo lugar entre los pinos, detrás de ella, apenas dibujado por la luz de la luna. Llevaba la camisa raída, los vaqueros gastados y una gorra sucia. Su cara estaba escondida hasta el mentón por la penumbra y la sombra de la visera. Todos los sentidos de la joven se centraron en aquella hacha enorme que pendía del brazo derecho del leñador destilando un hilo de sangre hacia el suelo. El anillo de fuego de un cigarrillo brilló a la altura de su boca antes de que lo escupiera con desprecio y empezase a caminar hacia el coche: «Te quedan solo unos segundos, niña, ¿qué vas a hacer con ellos?».

Mónica sabía arrancar el motor, aunque no había conducido nunca. Se pasó al asiento del piloto, tanteó bajo el volante hasta encontrar el contacto y giró la llave. El coche rugió con un sonido ahogado y calló de repente. La marcha, el embrague,

calarse, palabras que Mónica había escuchado mil veces y que ahora no sabía qué significaban. Lo intentó una y mil veces, pero las entrañas del auto, más que activarse, sufrían. El leñador crecía en el retrovisor interior hasta que desapareció por uno de los costados del coche. La joven maldijo que el espejo mostrara todo al revés.

Miró a ambos lados, pero lo encontró frente a ella, observándola a través del humo del radiador destrozado y la sangre de Alberto que parecía arañar el parabrisas. Le vio sonreír, o quizá fue otro tipo de mueca, hasta que levantó el hacha por encima de su cabeza —sus brazos eran propios de un gigante y su pecho ancho como el tronco de un árbol— y el arma cayó como una condena atravesando el capó del coche. Ya sí que no iba a poder arrancar.

El segundo hachazo arrancó el parabrisas, el tercero partió en dos el volante justo una milésima de segundo después de que Mónica hubiera saltado al asiento trasero. La joven salió a trompicones del coche, descalza y a medio vestir, y emprendió una carrera desesperada entre las sombras del bosque, siluetas fugaces que se interponían en su camino y que de golpe se volvían sólidas para agarrarse a su pelo, clavarse en su carne, zancadillearla y tirarla al suelo. El leñador extirpó el arma del salpicadero sin prisa, escupió y empezó la cacería.

Luchando contra el impulso de mirar hacia atrás, Mónica se estremeció al oír un bufido a su espalda. Las pesadas zancadas de aquel hijo de puta resonaban en las inmensas tinieblas del espeso y tupido pinar convirtiendo en absurdo el intento de adivinar a qué distancia estaba. Correr, solo cabía correr. Por dudar y girar la cabeza tropezó con un grupo de raíces y llegó rodando hasta los pies de un arbusto. Aprovechó para agazaparse en la oscuridad protectora del seto y observó a aquella bestia pasar a su lado corriendo y seguir de largo ladera abajo. Mónica soltó el aire. En aquella desigual cacería se había anotado un pequeño triunfo.

No obstante, hasta que no regresó el silencio no se atrevió a levantarse, y fue al intentar apoyar el pie cuando notó el dolor que arañaba su pierna derecha. Algo le había herido en el gemelo, y si hasta entonces la adrenalina se lo había ocultado, ahora le escocía como si un concienzudo roedor se lo mordisqueara. Se esforzó por avanzar, pero tuvo que apoyarse en un tronco para no desplomarse. Entonces se dejó caer de rodillas a los pies del árbol; su ánimo no pudo contener por más tiempo las lágrimas que el miedo había mantenido en segundo plano y empezó a sollozar.

Y la desesperanza fue su ruina.

Un silbido atravesó la oscuridad por encima de su cabeza y la hoja del hacha se incrustó en la madera a pocos centímetros de su frente. Alambres de sangre chorrearon sobre su pelo desde la cuña de acero atrapada en el tronco, mientras el leñador se afanaba por extraerla y probar suerte de nuevo. Sin pensarlo, Mónica se tiró al suelo buscando la protección de las sombras y se alejó gateando antes de que aquel monstruo pudiera repetir su ataque. Esperó unos metros para intentar levantarse y, cuando lo consiguió, solo pudo apretar los dientes y mascar el dolor para huir cojeando. Si lograba descender lo suficiente la maldita montaña, por fuerza tendría

que encontrar ayuda.

El rugido del leñador tuvo que escucharse en todo el bosque. Eso pensó Mónica cuando aquel grito estremeció las hojas y se alzó sobre las copas de los pinos. Los pasos, otra vez los pasos. Acelerados, batientes. El leñador era mucho más rápido que ella, incluso sin la cojera. Sabía que le estaba ganando terreno; no pensaba volver a mirar atrás, pero seguro que le estaba dando alcance. No veía dónde pisaba, sus manos le descubrían a ciegas los troncos y los arbustos cuando ya era demasiado tarde. Tenía los dedos llenos de cortes y el cuerpo hinchado por las heridas. Entonces supo que no iba a sobrevivir.

Sin embargo, de pronto, distinguió un claro, un espacio circular libre de arbustos y zarzas, con una enorme roca cenicienta en el centro, de esas que por allí servían como brasero. En el suelo había marcas y pisadas, una pelota deshinchada, un disco volador y vasos de papel arrugados. Si aquellos eran los restos de alguna acampada, tal vez estuviera a salvo. Esperanzada, siguió bajando hacia los pinos que bordeaban el claro. Las plantas de sus pies chapotearon al pisar un líquido extraño, especialmente espeso, que dibujaba un surco en el barro. No quiso mirar y continuó corriendo, no se había olvidado del leñador y tampoco esperaba que tardase mucho en encontrarla. Ese pensamiento la hizo detenerse y escuchar la noche. Un grillo, tal vez dos, el sonido del viento agitando unas ramas que parecían muy lejanas y sus propios latidos como martillazos, pero nada de pasos ni respiraciones entrecortadas.

CAPÍTULO 10

—¡Rojo, lo tengo!

El coche de Matt circulaba por las carreteras y senderos de la cumbre. Había aminorado la velocidad y sentía que daba vueltas en círculo buscando la maldita caravana. Decidir dónde aparcar e internarse en el bosque a pie no resultaba sencillo.

—Qué tienes, Pablo —contestó el policía.

—Tu familia perdida ¡realmente existe!

«Bien —pensó Matt—, eso ya lo sabía. Ahora dime dónde coño encontrarlos».

—¿Qué has averiguado sobre ellos?

—Dime dónde estás, Rojo, para mandártelo.

El irlandés torció el gesto y chasqueó la lengua con fastidio. Había encontrado un sendero mal asfaltado que ascendía hacia una zona tal vez similar a la que recordaba. Todos aquellos malditos pinares le parecían idénticos. Sin embargo, debía tomar alguna decisión, así que metió el coche por allí.

—Me temo que donde estoy me costará encontrar un fax, amigo. Cuéntamelo.

* * *

El motor de un coche. Lo escuchó tan claro como antes oía la música mientras Alberto la besaba. Iba rápido, se alejaba, pero si la carretera estaba cerca, el cuento acababa de cambiar radicalmente. Ahogó un quejido cuando su pierna volvió a crujir al apoyarla de nuevo. Se obligó a soportar el dolor los metros que le faltaran, se convenció de correr, al menos de trotar y aguantar la cojera, de no caer hasta pisar el asfalto y subirse al primer coche que la sacara de allí.

Emprendió el camino hacia donde se perdía el sonido del motor; dejó atrás nuevas hileras de pinos y se tropezó con otras, vadeó rocas y esquivó arbustos, se agachó ante las ramas para evitar más cortes, corrió sin cesar durante tanto rato que perdió la noción del tiempo. Tenía la sensación de haber atravesado ya el bosque de punta a punta dos veces, y entonces una idea empezó a deslizarse por su mente como una serpiente cuyo veneno enviciara sus nervios: estaba completamente desorientada y perdida. Se detuvo y giró sobre sí misma, buscando una referencia. Había empezado a lloviznar. Tras la fina cortina de lluvia todos los pinos, arbustos, piedras y zarzas parecían iguales. Así que no podía saber por dónde había pasado ya ni hacia qué lugar dirigirse. Hacía rato que no oía ningún coche, tampoco tenía ni idea de dónde demonios quedaba la carretera. En cuestión de minutos la llovizna se convirtió en una tromba de agua y un relámpago iluminó el bosque durante el tiempo suficiente para

descubrirle un destello metálico a su derecha: la caravana.

Se levantó muy despacio y comenzó a caminar hacia el viejo remolque. Le ponía los pelos de punta, pero al menos tendría teléfono, y si allí era donde vivía el leñador, ahora estaría vacía. De que su dueño había salido podía dar fe ella misma. Por si acaso se aseguró de que no se veía luz dentro y de que nada parecía moverse. Se exigió un último esfuerzo: cruzar los quince metros que la separaban de ella y llamar a la policía.

El segundo relámpago fue la señal. Mónica tomó aire echó a correr hacia la caravana. Esquivó unas ramas bajas, rodeó una pila de neumáticos gastados y otra de haces de leña, sorteó una parrilla sobre la que aún humeaban algunas brasas y pasó junto al tronco partido donde debía descansar el hacha. Tenía la puerta a su alcance cuando distinguió la figura del leñador que surgía de entre las tinieblas del bosque a su izquierda. Tiró de la tela mosquitera y se lanzó casi de cabeza contra la entrada del remolque, se coló dentro y cerró la puerta asegurando el pestillo, colocando su cuerpo contra la enclenque plancha de aluminio para mantenerla cerrada. En cualquier caso, su ridículo peso a duras penas fue capaz de soportar las embestidas del leñador, y aunque sus ojos buscaban desesperados algo con lo que oponer resistencia, todos los muebles estaban anclados al suelo. Intentó distinguir un teléfono en la penumbra, pero no vio ninguno. Y, de pronto, el filo del hacha partió por la mitad el portón junto a su oreja derecha.

Se retiró de un salto, salió corriendo contra la esquina de un sofá desvencijado y se amparó en la oscuridad bajo la mesa. Los golpes cesaron cuando el hacha arrancó la puerta de cuajo. La silueta del leñador se dibujó como una sombra contra la pared interior del remolque. La hoja ensangrentada del arma entró en la habitación seguida del satisfecho asesino. Lo único que se distinguía por debajo de su visera era una terrible mueca retorcida entre cicatrices.

El tipo dejó escapar un gruñido fangoso cuando se detuvo frente a la chica. Llovía afuera y la luna se colaba mortecina por los cristales acuosos de la caravana. Antes de levantarse de nuevo, el metal del hacha reflejó por un segundo el rostro de la muchacha, acurrucada bajo la mesa. Mónica vio entonces su cara pálida, sucia de sangre, barro y lágrimas. En una sola noche lo había perdido todo y ahora le tocaba perder también su propia vida. Apretó los dientes esperando el golpe final, lo oyó levantar su arma, estirarse, coger impulso.

Pero algo hizo contacto en el interior de la chica, algo que no sabía que tenía, que hasta entonces no había descubierto porque quizá nunca antes lo había necesitado: el instinto de supervivencia. Aquella hoja iba a partir en dos la mesa, iba a atravesar su cráneo y a incrustarse en algún lugar entre su pecho y su espalda, y de pronto se retorció sin saber cómo y golpeó la entrepierna de aquel malnacido con las fuerzas que aún le quedaban, reventándole el alma con el cabezazo. El tipo cayó doblado al suelo, su alarido rebotó en las paredes metálicas del remolque como el quejido de un animal y dejó escapar el hacha, que fue a rebotar en los cojines del sofá. Mónica

aprovechó para gatear hacia la puerta, pero él pudo reaccionar a tiempo, la sujetó por el tobillo antes de que alcanzara la salida y la estrelló contra el pie del frigorífico. Desde el suelo pudo ver cómo aquel ser se levantaba, recogía su arma y volvía hacia ella. Se sentía agotada y dolorida, pero el pánico había dejado paso a la desesperación y pensaba agotar hasta su último aliento antes de darse por vencida. El leñador alzó nuevamente el hacha, seguro de que aquel iba a ser el golpe definitivo.

De pronto, Mónica abrió la puerta de la nevera y detuvo el hachazo antes de que le separara en dos mitades la cabeza. Se puso de pie mientras el otro se esforzaba por desatascar su arma, atrapada en el amasijo de plástico y hierros del frigorífico. Entonces le miró de frente. El bastardo ya no sonreía, gruñía como una bestia contrariada. Había perdido la gorra y pudo verle la cara, un rostro grotesco y retorcido, descarnado por un sinfín de viejas heridas, un rostro que nada tenía ya de humano. Entre el horror y las náuseas la joven se precipitó hacia la puerta, pero antes no pudo evitar mirar al interior del frigorífico. Lo que vio le hizo perder el equilibrio y vomitar allí mismo: las cabezas del figgón y de Alberto la observaban a través de sus ojos vidriosos con sus bocas desencajadas.

Consiguió salir trastabillando del remolque antes de que el leñador se le echara encima y se alejó cojeando y sin parar de llorar, con aquel horrible sabor ardiéndole en la garganta y rogando al cielo que le diera las fuerzas suficientes para llegar a la carretera. Volvió a escuchar los pasos de aquel demonio a su espalda, cerca, muy cerca; no quiso volverse, pero adivinó que aquello que le tiraba del pelo eran los dedos de su perseguidor. Imaginaba la descomunal hoja de acero volando veloz hacia su espalda, atravesándola, anclándola por el pecho contra el tronco crujiente de un árbol. Solo unas decenas de metros la separaban de la carretera que bajaba a Las Palmas, ya podía vislumbrarla entre las ramas. «¡Un poco más!», pensó.

* * *

Llegar hasta arriba para volver a bajar. La nada, la más absoluta nada en aquella maraña clónica de hojarasca y pinos viejos. El sendero había llevado a Matt hasta una oxidada cadena que cruzaba el camino de lado a lado; no podía meter el coche por ahí. Se bajó y descubrió que no iba a encontrar nada más allá, aparte del mismo paisaje repetido cientos de veces. ¿Dónde estaba aquella maldita caravana?

Regresó a la carretera principal y comenzó el descenso. Si de algo estaba seguro era de que no había llegado tan arriba la vez anterior. Se encontraba furioso, decepcionado. A lo mejor no había sido tan buena idea subir, quizá debería volver por la mañana, con luz. La leyenda de Susie le había dado una base sobre la que trabajar, y la información de Pablo, un clavo al que agarrarse. Encontrar a esa familia iba a ser importante, pero tal vez aún tuviera tiempo.

Entonces, sin saber cómo, lo vio.

* * *

El último escalón de tierra antes de subir a la calzada jugaba en el equipo del leñador. Mónica tropezó al apoyar su pierna malherida y comenzó a rodar carretera abajo. Un quitamiedos se alió con ella e impidió que continuara rebotando por el barranco hasta perder el contacto con el suelo y probar la caída libre sobre la nada. Consiguió a duras penas ponerse de pie, sus piernas ya no la sujetaban. El leñador corría hacia ella agitando su hacha. La joven intentó volver a andar, seguir bajando, pero todo era inútil. Supo que le quedaban segundos antes de que, ahora sí, esa hoja se incrustara en su carne como el cuchillo en un entrecot sangrante.

Fue en ese momento cuando sucedió. El leñador se detuvo apenas a un metro de ella, levantó los brazos y tensó hasta el último músculo de su cuerpo; las venas estaban a punto de estallarle en los brazos, en el cuello, en la cara. Emitió un rugido salvaje y Mónica cerró los ojos, se dejó caer al suelo y rodó hacia la cuneta. El asesino jamás entendió aquella sonrisa.

* * *

El conductor no solo no aminoró su marcha, sino que pareció decidido a arrollarlo. El coche se salió de la curva y casi saltó sobre el cuerpo de aquel hombre. O bien le hacía mucha ilusión llevárselo por delante o no había tenido tiempo de esquivarlo; a fin de cuentas, todo fue tan rápido que cuando quiso reaccionar había patinado veinte metros por el asfalto y su coche rodaba envuelto en llamas hacia el fondo del barranco.

Mónica se levantó muy despacio, sintiendo el crujir de sus músculos agarrotados, el quejido de sus costillas, de sus codos, de todo su cuerpo. Apenas dedicó un segundo a observar el precipicio, la masa candente en la que se había convertido el vehículo que le había salvado la vida. No muy lejos de ella yacía en el suelo el tipo que lo conducía, un pelirrojo que perdía sangre a borbotones por un lateral de la cabeza. La joven se dio la vuelta dejando correr por su cara la lluvia, permitiendo que la limpiara de la sangre y del barro encostrados. Siempre despacio, apretando los labios, como si observara su cuerpo realizar todas esas acciones desde más allá de sí misma, caminó unos metros carretera arriba hasta detenerse para tomar del suelo el hacha. Apenas fue capaz de levantarla. Después subió un poco más y se paró junto al gigantesco desecho de hombre que yacía en el asfalto vomitando sangre por la boca y

perdiéndola a litros por mil sitios más. Todavía respiraba, boqueaba como un pez fuera del agua, pero prácticamente estaba muerto. Entonces Mónica pensó en Alberto, en el trozo de Alberto que aquel cabrón guardaba en su nevera, en el Alberto que la acariciaba, en el Alberto que tenía ambiciones, en el Alberto que soñaba con ella. Y después pensó también en sí misma, en cuánto le dolía cada centímetro de su cuerpo, en cuánto le dolería esa noche por el resto de su vida.

Reunió las fuerzas suficientes para levantar el arma por encima de su cabeza y la dejó caer sin contemplaciones sobre el cuello del leñador. Escuchó el crujir del acero al incrustarse en la carretera.

CAPÍTULO 11

Una mano descarnada le quitó el hacha de entre los dedos cuando intentaba volver a levantarla. Mónica miró hacia arriba y encontró al pelirrojo de pie detrás de ella. La miraba con ojos fríos y decepcionados, su cara marcada no resultaba mucho más amable que la del leñador.

—Dame eso, niña. Ya has hecho bastante.

La chiquilla le miró con una mezcla de sorpresa y desconcierto. Apenas podía mantenerse en pie; solo quería llorar, llorar y llegar a casa.

—Le necesitaba vivo —continuó el hombre.

Mónica no podía creer lo que oía.

—Pero... —balbuceó—. Él... Alberto... Yo tenía que...

El irlandés tiró el hacha a un lado y se acercó al borde del precipicio para evaluar las posibilidades de recuperar su vehículo. «Ninguna», explicó su gesto. Después regresó junto a la chica, se quitó la chaqueta y se la puso a ella por encima.

—Oye, sé que ha debido ser horrible, pero este hombre no está solo. Necesito que me digas dónde encontrar a su familia.

La joven le miraba como si no entendiera de qué le estaba hablando.

—¿Familia? —musitó antes de caer de rodillas.

Matt resopló y sacudió la cabeza.

—Vale, vale —dijo tras maldecir en su idioma—. Te diré qué haremos.

El policía sacó el móvil de su bolsillo y, tras comprobar que el golpe solo había dejado alguna cicatriz en la pantalla, marcó el número de su compañero.

—Estoy en camino, Rojo —contestó Pablo.

—Bien, perfecto. Necesito que también traigas una ambulancia. Tienen que recoger...

La muchacha le miraba con tanto miedo que se le encogió el estómago. No podía dejarla allí, pero tal vez fuera peor llevarla.

—De acuerdo... Pablo, es igual, tú trae la ambulancia. Encontrarás mi rastro en un incendio en la mitad del barranco y un tío enorme decapitado en el asfalto. Cuando llegues, dame un toque.

Sin disimular su enfado, el pelirrojo guardó el teléfono de nuevo y tendió la mano a la chiquilla. Ella la miró con la misma dosis de alivio que de desconfianza. Vio que con la otra extraía del cinturón una pistola.

—Vamos de paseo. Guíame hasta esa caravana.

* * *

Llovía con fuerza. El mayor miedo del irlandés era que el agua difuminara las huellas de la chica y del leñador en la tierra, pero no, había sangre suficiente para mostrarle el camino dos veces. Mónica prácticamente no podía andar, arrastraba los pies apoyada en el brazo de Matt, incapaz de detener los escalofríos. Sentía terror a regresar a la caravana. No portaban ninguna luz, avanzar por el bosque se convertía en un ejercicio de fe en el que solo de vez en cuando la tenue claridad del cielo les descubría si su siguiente paso iba a ser en falso. Por suerte, los rastros en el suelo y los cortes en los árboles eran suficientes para saber que no se equivocaban. Minutos después el fulgor del metal de la caravana se hacía visible entre las ramas.

—Ahí está —musitó Matt amartillando su arma.

—¿Qué buscas? —preguntó la chica con un hilo de voz.

—Una mujer —respondió él— y un bebé, o algo similar, ¿los has visto?

Ella negó con la cabeza. Parecía que iba a perder el conocimiento. Estaban cerca de la puerta del vehículo y Matt la ayudó a sentarse en el tocón de madera en el que solía reposar el hacha.

—Quédate aquí —le susurró y levantó la pistola.

Mónica quedó inmóvil como si la hubieran colgado de una percha. Matt se acercó a la caravana.

No se oía ruido en el interior, tampoco había luz ni se intuía movimiento alguno, solo llamaban la atención los resultados de la pelea de la chica con el leñador. El policía se coló a hurtadillas y manipuló con cuidado las puertas, los armarios, la nevera. Había restos humanos almacenados por todas partes. Sobre el fogón estaba aún la misma olla que Matt viera en su día; varios trozos de carne salieron a la superficie al remover el caldo. Dentro de la cuna había distintos pedazos de extremidades, incluso una serie de lenguas engarzadas en un aro de hierro. En la cocina encontró muebles enteros repletos de carne a modo de despensa y en el frigorífico, junto a la de Alberto y el pervertido, el irlandés halló toda una colección de cabezas.

Mónica esperaba fuera cuando vio al policía salir de aquel sitio para vomitar.

—¿Qué, qué has...? ¿No están ahí?

Matt se limpiaba la boca mientras escupía los últimos hilos de baba y cerveza. Cuando levantó la vista, su mirada se había transformado. Tenía ante él el sendero que aquella vez le llevara hasta allí desde la Casa Alba.

—Ven, pégate a mí como si te fuera la vida en ello.

Mónica no hizo preguntas, intuía que nadie las iba a contestar. Se levantó renqueante y se unió al pelirrojo en el descenso. El camino de tierra serpenteaba resbaladizo entre los pinos. De pronto, como esperaba Matt, la maleza se hizo más densa y pareció invadir el camino. Los árboles y la hojarasca se convirtieron en un verdadero jardín que no dudaron en atravesar. Al otro lado se alzaban los muros decrepitos de la Casa Alba y en una de las ventanas del último piso titilaba una luz.

El policía sacó de nuevo su móvil y tecleó un mensaje. No pensaba hacer ruido,

pero tenía que avisar a Pablo. Después de enviarlo se dirigió susurrando a Mónica.

—He de subir —le dijo—. Puede ser peligroso, así que quédate aquí. Escóndete y no te dejes ver de ninguna manera.

La joven no pudo más que asentir, no le quedaban opciones. Reprimiendo el llanto, contempló cómo su única protección se alejaba de ella hacia las puertas de la casa. El precinto policial había sido cortado y la cadena pendía inerte de una sola de las tablas. El pelirrojo entró.

* * *

En el primer piso no había nadie. A pesar de la penumbra, la poca luz que se filtraba por las ventanas descubrió el sangriento charco en la entrada, deformado por las pisadas. Por lo demás estaba vacío. El ruido, el infernal chismorreó de unos dibujos animados, llegaba desde más arriba.

El policía comenzó a ascender, la pistola aferrada con fuerza en su mano, los pies temblorosos intentando amortiguar el crujido sobre los escalones. El segundo piso estaba desierto. Las ventanas rotas llenaban de gris ambas habitaciones. Los gritos de la televisión quedaban sobre su cabeza. Se asomó a uno de los huecos de los cristales y no vio a la chica por ningún sitio. Esa era buena señal.

A medida que los escalones le acercaban al último piso empezó a crecer un olor insoportable, como de excrementos humanos recientes. No cabía duda de que había alguien allí arriba. Matt apenas se asomó desde el rellano y observó la minúscula televisión portátil, el plato desbordado con un apestoso guiso de carne y el bebé jugando con él, sentado en unas mantas. Como si lo intuyera, el niño le miró con su único ojo útil. A quien Rojo no vio por ningún lado fue a la abuela del crío.

La lluvia insistía en hacerse presente, hasta que finalmente se transformó en un auténtico chaparrón. Mónica se apretó todavía más contra el muro de ladrillo, intentando en vano no empaparse. Sin embargo, los pocos salientes del edificio no le proporcionaban cobijo y las hojas y ramas eran poca protección contra el aguacero. El frío intenso se unió al miedo que la atenazaba y entre los dos consiguieron derrotarla.

—No llores, niña. —Escuchó y perdió la respiración antes de levantar la cabeza. Una horrible mujer la observaba. Llevaba en una mano un carrito de la compra lleno de ramas secas y en la otra un enorme machete—. He ido a por leña para calentar al pequeño. Mi hijo está tardando demasiado en volver, pero a juzgar por tus heridas, creo que tú sabes qué puede haberle pasado.

* * *

Aquel niño no parecía humano, sin embargo, el policía nunca esperó que se moviera tan rápidamente como lo hizo. Antes de que pudiera apuntarle con su arma tenía al bebé encima, incrustándole los dientes en la carne del antebrazo hasta hacerle perder la pistola. Matt se sacudió, intentó lanzar al monstruo lejos de él, pero lo único que consiguió fue avivar el dolor. Sus gritos alertaron a las mujeres de abajo.

—¿Con quién demonios estás? —exclamó la anciana, que dejó el carro sobre la tierra y regaló un bofetón a la chica tirándola contra el suelo—. ¡Habla!

El golpe de algo sólido contra la ventana llamó la atención de la vieja. Una lluvia de cristales se fundió con el agua para caer sobre las dos como confeti. La madre del leñador miró hacia arriba y encontró el cuerpo de su nieto pendiendo del alféizar. Y entonces profirió un terrible alarido. Fue en ese momento, al girarse para correr hacia la casa, cuando sintió cómo un objeto punzante le desgarraba la espalda.

—¡Estúpida! —gritó enfurecida.

Se dio la vuelta y encontró a Mónica mirándola con las manos ensangrentadas. La joven acababa de clavarle un enorme trozo de cristal y la punta le asomaba por la parte delantera del hombro. Al tiempo que levantaba su machete para sentenciar a la cría escuchó los disparos desde el piso de arriba. Volvió a mirar y vio el cuerpo del niño que salía volando por la ventana dejando suspendida en el aire una macabra estela de sangre.

—¡¡¡Noooooooo...!!!

* * *

El grito de la mujer se perdió entre el bullicio de las sirenas. Varios coches de policía se detuvieron en la verja de la entrada y le apuntaron al rostro con sus faros refulgentes. También un arma apuntaba a su pecho desde la ventana del último piso.

La mujer arrojó entonces el machete al barro, mientras arriba, en la habitación de Lorena, un exhausto Matt se dejaba caer al suelo.

Pensaba en su hija y en su improbable cabeza dentro del congelador de una caravana.

Playa Blanca, mayo de 2014



MIGUEL AGUERRALDE (Madrid, 20 de junio de 1978) es un maestro y escritor español. Es miembro de *Nocte*, redactor de *Cinecutre* y dirige la página *Desde el Sótano*, de críticas y reseñas.

Ha participado en algunas antologías de relatos, como *Taberna espectral* (2010), *Errores de percepción* (2011) y *Monstruos clásicos* (2011), y hasta la fecha ha publicado tres novelas de terror policíaco: *Claro de Luna* (2009), *Noctámbulo* (2010), y *Los ojos de Dios* (2010).

Ahora mismo participa en *Ilusionaria*, una antología benéfica de cuentos infantiles para ayudar a niños y niñas afectados por la catástrofe de Chernóbil, junto a otros 19 escritores, a favor de la asociación Matrioska-Fons Mellaria.